
PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

CONFLICTO DE JESÚS CON LOS FARISEOS

Jesús murió violentamente en plena madurez. Fue ejecutado por la máxima autoridad romana en Judea. Había sido condenado a muerte como culpable de insurrección contra el Imperio. Su vida apasionante de profeta del reino de Dios terminaba así en el patíbulo. Pero su trágico final se había ido gestando día a día desde que comenzó a anunciar con pasión el Reino de Dios. La acogida de su predicación por parte de los pobres y desheredados fue despertando la alarma en diversos sectores. Su conducta inconformista los irritaba. Jesús era una amenaza. Su empeño en reclamar un vuelco de la situación para acoger el reino de Dios y su justicia era un desafío al sistema.

¿Por qué se convirtió en pocos meses en un profeta tan peligroso?

Jesús entró pronto en conflicto con los fariseos, uno de los grupos que más se movía entre la gente. Los «monjes» de Qumrán vivían retirados en su «monasterio», junto al mar Muerto; del resto de los esenios apenas sabemos nada. Los saduceos formaban una minoría aristocrática que vivía en torno al templo, sin preocuparse de ganar adeptos en las aldeas. Los fariseos eran, probablemente, quienes más trataban de influir en la vida de la gente. Es lógico que Jesús entrara en colisión con ellos.

Los fariseos eran un grupo formado por letrados, muy familiarizados con las tradiciones y costumbres de Israel. Muchos de ellos ejercían tareas de carácter administrativo o burocrático sobre todo en Jerusalén: probablemente se ganaban la vida como escribas, educadores, jueces u oficiales subordinados a las clases gobernantes. Los unía un conjunto de creencias y prácticas, pero no constituían un bloque homogéneo. Había entre ellos desacuerdos y diferentes puntos.

Los fariseos formaban un grupo surgido en los comienzos del período asmoneo, hacia el año 150 a. C. Representan una reacción contra el programa de helenización desencadenado por Antíoco Epífanes. Tuvieron mucho poder en tiempos de Salomé Alejandra. Bajo Herodes el Grande fueron marginados, aunque nunca renunciaron a influir en la política del pueblo.

Tras la destrucción de Jerusalén el año 70, junto con otros sectores de escribas, los fariseos dieron origen al movimiento rabínico, que está en el origen del judaísmo actual. Es difícil reconstruir la relación de Jesús con los fariseos. Los evangelios los presentan siempre como sus adversarios por excelencia: los que se enfrentan a él, le hacen preguntas capciosas y tratan de desacreditarlo ante el pueblo. Jesús, por su parte, lanza sobre ellos toda

clase de amenazas y condenas: no entran en el reino de Dios ni dejan entrar a los que quieren hacerlo; están «llenos de hipocresía y de maldad»; son «guías ciegos» que se preocupan de minucias y «descuidan la justicia, la misericordia y la fe»; se parecen a sepulcros blanqueados, «hermosos por fuera», pero, por dentro, «llenos de huesos de muerto y de podredumbre».

Por los años treinta de nuestra era, el fariseísmo era un movimiento urbano más que rural. Se concentraba sobre todo en Jerusalén y sus alrededores. No hay pruebas de que, en tiempos de Jesús, desarrollara una actividad importante en Galilea. No poseían un liderazgo político o religioso de primer orden. Eran una fuerza social menor que a la búsqueda de una mayor influencia entre el pueblo.

En Galilea representaban los intereses del templo y, tal vez, algunos servían como funcionarios o escribas en el entorno de Antipas. Jesús se pudo encontrar con algunos de ellos en aldeas galileas de cierta importancia, pero sobre todo entró en contacto con ellos en Jerusalén y sus cercanías.

«¿Por qué, entonces, aparecen en la tradición cristiana como los grandes adversarios de Jesús? Hay una razón: Esta mutua hostilidad se va haciendo más dura y grave a medida que se van desarrollando las tradiciones sobre Jesús. En Mateo es ya de una virulencia extrema. Son famosos los «ayes» de Jesús contra «escribas y fariseos» (Mateo 23,2-36). En los evangelios se habla con frecuencia de «escribas y fariseos». No hay que confundirlos. Los «escribas» no forman una organización autónoma.

Los evangelios se fueron redactando después del año 70, cuando se estaba viviendo una hostilidad muy fuerte entre los seguidores de Jesús y los escribas fariseos, único grupo que había logrado sobrevivir después de la destrucción de Jerusalén y que estaba luchando para unir fuerzas y restaurar el judaísmo. Lo que los evangelistas describen refleja más estos enfrentamientos posteriores que los conflictos reales entre Jesús y los fariseos en la Galilea de los años treinta. Sin embargo están tan presentes en todas las fuentes que difícilmente se puede negar que hubo enfrentamientos. No es extraño, pues tanto Jesús como los fariseos competían por ganar a la gente para su propia causa.

Los fariseos no pueden ignorar a un hombre que busca con tanta pasión la voluntad de Dios. Comparten con él la esperanza en la resurrección final. Sin embargo, su anuncio del reino de Dios los desconcierta. Jesús no entiende ni vive la ley como ellos. Su corazón está centrado en la irrupción inminente de Dios. Lo que más los irrita es su pretensión de hablar directamente en nombre de Dios, sin atender a lo que enseñan otros maestros. Esta libertad inusitada de Jesús contrasta con la actuación de sus maestros, que siempre se apoyan en las «tradiciones de los padres» o en las enseñanzas de su propia escuela.

Hay quienes niegan el enfrentamiento de Jesús con los fariseos o lo minimizan hasta el extremo (Mack, Sanders, Fredriksen). En general se asume el testimonio de los evangelios de manera crítica para precisar el núcleo histórico del enfrentamiento entre el profeta del reino de Dios y la posición farisea de su tiempo.

Marcos (1,22) dice que la gente se quedaba asombrada de la doctrina de Jesús, porque «les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas». Según la opinión más generalizada, esta afirmación de Marcos refleja realmente la impresión que producía Jesús.

Lo que no pueden entender es su increíble acogida a los pecadores. Ningún profeta de Dios actuaba así. Se siente amigo de los «perdidos». Su mesa está abierta a todos, incluso a quienes viven fuera de la Alianza sin dar signos de arrepentimiento. Resulta ofensivo que los admita amistosamente en nombre de Dios, sin exigirles la penitencia y los sacrificios prescritos para todo pecador alejado de la ley.

Hubo, pues, enfrentamiento entre Jesús y los sectores fariseos, pero no tan violento y fanático como lo presentan los evangelios. No fueron ellos, los fariseos, los instigadores de su ejecución. La muerte de Jesús no se va gestando en estos enfrentamientos con los fariseos. De hecho, en los relatos de la pasión nunca aparecen tomando parte como grupo en su condena o ejecución. La verdadera amenaza contra él proviene de otros sectores: de la aristocracia sacerdotal y laica de Jerusalén, y de la autoridad romana.

Las noticias de Marcos y de Juan, que presentan a los fariseos buscando la muerte de Jesús, no son creíbles históricamente». [Pagola, 2007: 120 ss.]

CONFLICTO DE JESÚS CON LAS AUTORIDADES RELIGIOSAS

«La aristocracia de Jerusalén estaba formada por una minoría de ciudadanos ricos e importantes, muchos de ellos sacerdotes. Algunos miembros de estas clases dirigentes, no todos, pertenecían al grupo saduceo. Bastantes poseían grandes riquezas. Son conocidas sus elegantes mansiones en el barrio superior de Jerusalén, y las propiedades que iban adquiriendo con diversas estrategias y presiones. El pueblo, al parecer, los consideraba como un sector poderoso y corrupto que vivía de los diezmos, tasas y donaciones que llegaban al templo desde toda la diáspora judía.

En tiempos de Jesús, el sumo sacerdote tenía poder de gobierno tanto en Jerusalén como en Judea. Por una parte gozaba de plena autonomía en los asuntos del templo: regulación del sistema sacrificial, tasas, diezmos, administración del tesoro; para ello contaba con diferentes servicios y una policía responsable de mantener el orden tanto en el recinto del templo como en Jerusalén. Por otra parte intervenía en los litigios y asuntos corrientes de los habitantes de Judea, aplicando las leyes y tradiciones de Israel.

Cuando los evangelios hablan de los «sumos sacerdotes» se refieren a un grupo que comprende al sumo sacerdote en ejercicio, a sacerdotes que han ejercido este cargo en el pasado y a sacerdotes responsables de importantes servicios, como el comandante del templo o el responsable del tesoro.

Esta aristocracia del entorno del templo actuaba como «instancia de poder» con la que contaba el prefecto de Roma para gobernar Judea. No sabemos si Jesús se encontró alguna vez con los saduceos de manera directa. La mayor parte de su tiempo lo pasó dirigiéndose a judíos corrientes de los pueblos de Galilea y Judea, no al pequeño grupo de ricos aristócratas de Jerusalén.

Pero Jesús no les era un desconocido cuando subió a Jerusalén a celebrar la Pascua el año 30. Habían oído hablar de él y, tal vez, alguno lo había escuchado. No era la primera vez que Jesús visitaba la ciudad para anunciar su mensaje durante los días de una fiesta judía.

Lo que oían de Jesús no podía sino despertar recelo y desconfianza en los dirigentes de Jerusalén. Sabían que provenía del círculo del Bautista, el profeta del desierto que había ofrecido el perdón en las aguas del Jordán, ignorando el proceso de purificación de los pecados que ellos controlaban en el templo. Nunca aceptaron el bautismo de aquel sacerdote rural que un día se había alejado de ellos abandonando sus obligaciones.

Es un error considerar a los sumos sacerdotes como una autoridad exclusivamente religiosa con unas competencias limitadas al ámbito del templo. Ejercían un poder político en estrecha colaboración con el prefecto romano, que era quien lo designaba o cesaba. Roma se reservaba la defensa de las fronteras, el mantenimiento de la pax romana contra cualquier tipo de sedición, la recaudación puntual de los tributos y la facultad de dictar sentencias de muerte.

Pocas cosas se pueden decir con seguridad de los saduceos: era un grupo minoritario bien establecido; integraba en su seno a algunos laicos y sacerdotes de la aristocracia de Jerusalén; tenía sus propias tradiciones, diferentes de las de los fariseos y esenios; como grupo vinculado al poder, colaboraba con las autoridades romanas para mantener el status qua que favorecía su poder y prosperidad; no se interesaba por la «otra vida» y rechazaba la doctrina de la resurrección. Solo en una ocasión se nos habla en los evangelios de un enfrentamiento entre Jesús y los saduceos (Marcos 12,18-27). La escena, situada en el templo, es una disputa sobre la resurrección de los muertos. Posiblemente el relato recoge básicamente un episodio histórico.

Cuando Jesús curaba o liberaba de espíritus malignos, no solo producía un efecto curador en los enfermos, sino que los arrancaba del pecado que, según la creencia general, se encontraba en el origen de toda enfermedad, y los incorporaba de nuevo al pueblo de Dios. Al parecer, ningún judío tenía derecho a ejercer esa mediación de la bendición de Dios sin pertenecer a un linaje sacerdotal. La actuación de Jesús es un desafío al templo como fuente exclusiva de salvación para el pueblo.

Según el evangelio de Juan, Jesús ha visitado Jerusalén en diversas ocasiones: con motivo de la Pascua en tres ocasiones (2;13; 6,4; 11,55), durante la fiesta de las Tiendas (7:2), la de la Dedicación (10,22) y en otra fiesta no precisada (5,1). Según Marcos sube una sola vez, en la fiesta de Pascua en que es ejecutado. Sin embargo, según su relato, una vez que llega se comporta como si ya antes hubiera estado allí, pues tiene amigos y conocidos que le ayudan a preparar la última cena.

La actuación de Jesús planteaba una pregunta decisiva: ¿seguían contando los dirigentes religiosos de Jerusalén con la autoridad de Dios sobre el pueblo de Israel o estaba Jesús abriendo camino a una situación nueva, más allá del

poder religioso del templo? La tradición cristiana ha conservado una parábola que, según Marcos, parece dirigida a las autoridades religiosas del templo. Es la parábola de «los viñadores homicidas», pero probablemente encerraba una fuerte crítica a las autoridades religiosas de Jerusalén: no han sabido cuidar del pueblo que se les ha confiado, han pensado solo en sus propios intereses y se han sentido los propietarios de Israel, cuando solo eran sus administradores. La parábola de los viñadores homicidas se encuentra en Marcos 12,1-8 y paralelos (Lucas 20,9-15 y Mateo 21,33-39) y Evangelio [apócrifo] de Tomás». [Pagola, 2007: 122 ss.]

EL RECELO DEL PODER ROMANO

«Este enfrentamiento a los poderosos dirigentes del templo era mucho más temible que las disputas con escribas y fariseos sobre cuestiones de comportamiento práctico. Su anuncio de la implantación inminente del reino de Dios, su visión crítica de la situación, su programa de solidaridad con los excluidos y su libertad representaban una radical y peligrosa alternativa al sistema impuesto por Roma.

Jesús se fue convirtiendo en un profeta inquietante, fuente de preocupación primero y peligro potencial de subversión más tarde, según se iba conociendo mejor el impacto de su actuación.

Aunque Jesús actúa sobre todo en Galilea, no es Antipas quien lo ejecuta. Sin duda, Antipas ha oído hablar de Jesús. Conoce su vinculación con el Bautista y su posible peligrosidad. Tal vez en algún momento anda tras sus pasos, pero nunca lo detiene. Probablemente le retiene el temor al resentimiento popular que ha despertado contra él su arbitraria ejecución del Bautista. No quiere provocar más descontento. Jesús, por su parte, no muestra sino desprecio por el tetrarca que ha ejecutado al profeta admirado que tanto le había seducido. Lo llama «zorra», porque también a él quiere atrapar como al Bautista, y se burla del emblema acuñado en sus monedas viendo en él una simple «caña agitada por el viento», por mucho que se vista con elegancia y habite en su espléndido palacio de Tiberíades.

Solo cuando van comprobando la atracción que Jesús ejerce en el pueblo y, sobre todo, cuando ven la libertad con que lleva a cabo algunos gestos provocativos en la misma capital, en el ambiente explosivo de las fiestas de Pascua, toman conciencia de su potencial peligrosidad.

Hay algo que desde el principio puede haber despertado su recelo. Jesús emplea como símbolo central de su mensaje un término político. A todos trata de convencer de que la llegada del «imperio de Dios» es inminente. El término *basileia*, que repiten invariablemente las fuentes cristianas para traducir «reino [de Dios]», solo se empleaba en los años treinta para hablar del «imperio» de Roma. Es el César de Roma el que, con sus legiones, establece la pax romana e impone su justicia al mundo entero. Él proporciona bienestar y seguridad a los pueblos, exigiendo a cambio de su protección una implacable tributación.

Oírle hablar de un «imperio», aunque lo llame «de Dios», no es muy tranquilizador. Construir un «imperio» diferente, sobre la base de la voluntad de Dios, encerraba una crítica radical a Tiberio, el César que dictaba su propia voluntad de manera omnímoda a todos los pueblos.

El profeta de Galilea repite una y otra vez que, en el proyecto de Dios, tienen prioridad precisamente los más excluidos y marginados por el Imperio. Ese hombre está diciendo a todos que la voluntad de Dios está en contradicción con la del César. Su mensaje es claro para quien lo quiera escuchar: hay que refundar la sociedad sobre otras bases, restaurando la verdadera voluntad de Dios. Para «entrar» en el imperio de Dios hay que «salirse» del imperio de Roma.

Allí por donde pasa enciende la esperanza de los desposeídos con una pasión desconocida: «Dichosos los que no tenéis nada, porque es vuestro el imperio de Dios». Cuando se encuentra en alguna aldea con gentes hambrientas, les contagia su fe: «Dichosos los que tenéis hambre, porque comeréis». Si ve a campesinos hundidos en la impotencia, les grita su convicción: «Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis». Su palabra es de fuego.

Una de sus consignas más repetidas es rotunda y provocativa: «Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros». Jesús sabe que el cambio nunca se podría lograr luchando contra las legiones romanas. Pero aquel hombre ponía toda su fuerza en el Dios de Israel, y con una fe increíble animaba a sus seguidores a pedir una y otra vez: «Padre, venga tu imperio».

No nos resulta fácil a nosotros captar la tragedia político-religiosa que se vive en Israel. Eran el pueblo elegido de Dios y, sin embargo, vivían sometidos al poder maléfico de Roma. Aquellos judíos no podían concebir una opresión tan cruel sin pensar en la intervención de fuerzas sobrehumanas hostiles a Israel. Algo demoníaco tiene que haber en todo aquello. Las posesiones diabólicas, tan frecuentes al parecer en esa época, no son sino un fenómeno que expresa de manera trágica la situación real del pueblo. Los romanos son las fuerzas malignas que se han apoderado del pueblo y lo están despojando de su identidad.

¿Por qué viven sometidos a los dioses de Roma? ¿Dónde está su Dios? En este contexto, los exorcismos realizados por Jesús cobraban una fuerza insospechada. Si Dios, como piensa él, está venciendo a Satán, es que los días de Roma están ya contados. La expulsión de las fuerzas demoníacas está apuntando a su derrota. Dios está ya actuando. Su imperio se empieza a hacerse sentir. Lo decía Jesús: «Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios».

Lucas indica más tarde que Jesús fue acusado ante Pilato de andar alborotando al pueblo y «prohibiendo pagar tributos al César». No sabemos si fue así. Pero el profeta del reino de Dios resulta un elemento inquietante para quienes viven del Imperio de Roma: la aristocracia del templo, las familias herodianas y el entorno de los representantes del César». [Pagola, 2007: 123 ss.]

PEREGRINACIÓN ARRIESGADA A JERUSALÉN

Según los cuatro evangelios, Jesús fue con sus seguidores a Jerusalén para celebrar allí la fiesta de Pascua. Entró a lomos de un asno, para que se cumplieran las palabras del profeta Zacarías (Zc 9, 9: «He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno, sobre un pollino hijo de una bestia de carga»). Fue recibido por una multitud, que lo aclamó como «hijo de David» (en cambio según el Evangelio de Lucas fue aclamado solamente por sus discípulos). En el Evangelio de Lucas y en el de Juan, Jesús es aclamado como rey.

Según los evangelios sinópticos, a continuación fue al Templo de Jerusalén, y expulsó de allí a los cambistas y a los vendedores de animales para los sacrificios rituales (el Evangelio de Juan, en cambio, sitúa este episodio al comienzo de la vida pública de Jesús, y lo relaciona con una profecía sobre la destrucción del Templo). Vaticinó la destrucción del Templo y otros acontecimientos futuros.

Marcos intercala entre la entrada de Jerusalén y la expulsión de los mercaderes el episodio de la maldición de la higuera (Mc 11,12-14, y Lucas una profecía sobre Jerusalén (Lc 19,41-44).

«Jesús sabía que tanto Herodes como Pilatos tenían poder para darle muerte. Tal vez la amenaza del prefecto romano quedaba más lejana, pero lo ocurrido con el Bautista le hizo ver lo que en cualquier momento le podía suceder también a él. Todos sabían que provenía del entorno de Juan; Antipas lo miraba como a un profeta que prolongaba la sombra del Bautista. Jesús no lo ignoraba. Alguna fuente nos informa de que, al enterarse de la ejecución del Bautista, se retiró a un lugar apartado. Nada sabemos de cierto.

No es posible demostrar la autenticidad de las tres predicciones de su muerte atribuidas a Jesús en Marcos 8,30; 9,31; 10,33-34. La tendencia general de los exegetas es ver en ellas, al menos en parte, una composición elaborada después de los hechos y desde la perspectiva teológica propia de la comunidad cristiana posterior.

Probablemente Jesús contó desde muy pronto con la posibilidad de un desenlace fatal. No buscaba el martirio. No era ese el objetivo de su vida. Nunca quiso el sufrimiento ni para él ni para los demás. Toda su vida se había dedicado a combatirlo en la enfermedad, las injusticias, la marginación, el pecado o la desesperanza. Si acepta la persecución y el martirio será por fidelidad al proyecto del Padre, que no quiere ver sufrir a sus hijos e hijas.

Los investigadores modernos no piensan ya que Jesús subiera a Jerusalén en la Pascua del año 30 buscando su muerte para provocar la irrupción del reino de Dios. Al parecer, Jesús no elaboró ninguna teoría sobre su muerte, no hizo teología sobre su crucifixión. La vio como consecuencia lógica de su entrega incondicional al proyecto de Dios. Jesús no interpretó su muerte desde una perspectiva sacrificial. Nunca imaginó a su Padre como un Dios que pedía de él su muerte y destrucción para que su honor, justamente ofendido por el pecado, quedara por fin restaurado y, en consecuencia, pudiera en adelante

perdonar a los seres humanos. Nunca se le ve ofreciendo su vida como una inmolación al Padre para obtener de él clemencia para el mundo. El Padre no necesita que nadie sea destruido en su honor. Su amor a sus hijos e hijas es gratuito, su perdón, incondicional.

Todo apunta a pensar que murió como había vivido. Su muerte fue el servicio último y supremo al proyecto de Dios, su máxima contribución a la salvación de todos.

Era el mes de nisán 49 del año 30 (marzo-abril de nuestro calendario). Las gentes se preparaban para subir en peregrinación a Jerusalén a celebrar la gran fiesta de la Pascua. Desde Galilea se necesitaban tres o cuatro días de camino. Se podía pasar la noche cómodamente al aire libre.

Jesús comunicó a los suyos su decisión: quería subir a Jerusalén como peregrino, acompañado de sus discípulos y discípulas. ¿Qué motivos le impulsaban? Hasta ahora, Jesús se ha dedicado a anunciar el reino de Dios por las aldeas de Galilea, pero su llamada está dirigida a todo Israel. Es normal que en un determinado momento dirija su mensaje también a Jerusalén.

Miles de peregrinos venidos de Palestina y de todos los rincones del Imperio se congregarán para reavivar durante las fiestas de Pascua su anhelo de libertad. Sus discípulos, al parecer, se alarmaron con la idea. También Jesús es consciente del peligro que corre en Jerusalén. Su mensaje puede irritar a los dirigentes del templo y a las autoridades romanas. A pesar de todo, Jesús sube a la ciudad santa. Ya no volverá.

La mayoría de los investigadores piensa que Jesús entró realmente en Jerusalén montado en un asno, realizando así un gesto simbólico para anunciar el reino de Dios como un reino de paz y justicia frente al Imperio de Roma, construido sobre la violencia y la injusticia. El hecho fue más tarde elaborado teológicamente para convertirlo en la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén (Gnilka, Roloff, Schlosser, Crossan).

Su entrada en Jerusalén montado en un asno decía más que muchas palabras. Este acto público de Jesús anunciando un antirreino no violento habría bastado para decretar su ejecución.

A los pocos días sucede algo mucho más grave. Jesús, que mientras está en Jerusalén suele hospedarse, al parecer, en el cercano barrio de Betania, en casa de sus amigos Lázaro, María y Marta, vuelve a la ciudad y realiza la acción pública más grave de toda su vida. Betania se encontraba a unos 3 kilómetros de Jerusalén, apartada de la ruta de los peregrinos.

De hecho, esta intervención en el templo es lo que desencadena su detención y rápida ejecución. Según la fuente más antigua, Jesús «comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban»; además «volcó las mesas de los cambistas y los puestos de vendedores de palomas»; por último «no permitía que nadie transportase cosas por el templo». Probablemente su intervención es bastante modesta, y solo altera momentáneamente el funcionamiento rutinario de la jornada. El patio de los gentiles es enorme y ocupa la mayor parte de la explanada del templo; esos días se concentran ahí miles de

peregrinos; hay docenas de mesas para el cambio y de puestos de venta de animales para los sacrificios.

El servicio de orden del templo y cientos de sacerdotes cuidan de que todo transcurra en paz; los soldados de Pilatos lo controlan todo desde la torre Antonia. Posiblemente Jesús atropella a un grupo de vendedores y compradores, vuelca algunas mesas y puestos de venta de palomas, y trata de interrumpir la actividad durante algunos momentos. No puede hacer mucho más.

Atacar el templo era atacar el corazón del pueblo judío, el símbolo alrededor del cual gira todo lo demás, el centro de la vida religiosa, social y política. El templo no está al servicio de la Alianza. Nadie defiende desde ahí a los pobres ni protege los bienes y el honor de los más vulnerables. Se está repitiendo de nuevo lo que Jeremías condenaba en su tiempo: el templo se había convertido en una «cueva de ladrones». La mayoría de los exegetas piensa que no fue Jesús quien justificó su acción diciendo que el templo había sido convertido en «cueva de ladrones», sino Marcos quien puso la cita de Jeremías en sus labios para iluminar el sentido de su gesto». [Pagola, 2007: 127 ss.]

ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN

«Probablemente fue una entrada en la ciudad que prueba que, al menos al final de su vida, y quizás por influjo de sus seguidores más fanáticos, Jesús se declaró pretendiente mesiánico y pretendiente regio, rey de Israel, ante el pueblo y las autoridades. Y muy probablemente también sólo debió de ser apoyado solo por sus seguidores galileos, que eran pocos.

La entrada en Jerusalén debió de tener muy poca trascendencia pues Jesús no fue detenido inmediatamente por los romanos. Por tanto es posible que Jesús se retirara de Jerusalén, a los alrededores y que solo poco a poco ocurrieran los acontecimientos que narra la historia de la Pasión.

Pero hay que examinarlos uno a uno para comprobar su grado de historicidad, ya que en alto grado están inspirados en textos del Antiguo Testamento y por tanto idealizados». [[Antonio Piñero](#), 28.03.2016]

UNCIÓN EN BETANIA

En Betania, cerca de Jerusalén, fue ungido con perfumes por una mujer. Según los sinópticos, la noche de Pascua cenó en Jerusalén con los Apóstoles, en lo que la tradición cristiana designa como la Última Cena. En el transcurso de esta cena pascual, Jesús predijo que sería traicionado por uno de los Apóstoles, Judas Iscariote. Tomó pan en las manos, diciendo «Tomad y comed, este es mi cuerpo» y, a continuación, cogiendo un cáliz de vino, dijo: «Bebed de él todos, porque esta es la sangre de la Alianza, que será derramada por la multitud para la remisión de los pecados» (Mt 26:26-29, Mc 14,22-25, Lc 22,19-20). Para los cristianos, este gesto de Jesús representa la institución del sacramento de la Eucaristía. Profetizó también, según los

sinópticos, que no volvería a beber vino hasta que no lo bebiera de nuevo en el Reino de Dios.

LA ÚLTIMA CENA DE DESPEDIDA

«También Jesús sabe que sus horas están contadas. Lo que hace es organizar una cena especial de despedida con sus amigos y amigas más cercanos. Consciente de la inminencia de su muerte, necesita compartir con los suyos su confianza total en el Padre incluso en esta hora. Los quiere preparar para un golpe tan duro; su ejecución no les tiene que hundir en la tristeza o la desesperación.

Al parecer, no se trata de una cena pascual. Es cierto que algunas fuentes indican que Jesús quiso celebrar con sus discípulos la cena de Pascua o séder, en la que los judíos conmemoran la liberación de la esclavitud egipcia. Sin embargo, al describir el banquete, no se hace una sola alusión a la liturgia de la Pascua, nada se dice del cordero pascual ni de las hierbas amargas que se comen esa noche, no se recuerda ritualmente la salida de Egipto, tal como estaba prescrito.

Por otra parte es impensable que esa misma noche en la que todas las familias estaban celebrando la cena más importante del calendario judío, los sumos sacerdotes y sus ayudantes lo dejaran todo para ocuparse de la detención de Jesús y organizar una reunión nocturna con el fin de ir concretando las acusaciones más graves contra él.

Parece más verosímil la información de otra fuente que sitúa la cena de Jesús antes de la fiesta de Pascua, pues nos dice que Jesús es ejecutado el 14 de nisán, la víspera de Pascua. Así pues, no parece posible establecer con seguridad el carácter pascual de la última cena.

Probablemente, Jesús peregrinó hasta Jerusalén para celebrar la Pascua con sus discípulos, pero no pudo llevar a cabo su deseo, pues fue detenido y ajusticiado antes de que llegara esa noche. Sin embargo sí le dio tiempo para celebrar una cena de despedida.

Según Juan, fue crucificado la víspera de Pascua (18,28) y, por tanto, la cena fue antes de Pascua; tampoco Pablo dice nada de una «cena pascual» (1 Corintios 11,23-26). Hoy, por lo general, los autores niegan el carácter pascual de la última cena o lo dejan bajo interrogante.

Los relatos dicen que celebró la cena con los Doce, pero no hemos de excluir la presencia de otros discípulos y discípulas que han venido con él en peregrinación. Sería muy extraño que, en contra de su costumbre de compartir su mesa con toda clase de gentes, incluso pecadores, Jesús adoptara de pronto una actitud tan selectiva y restringida». [Pagola, 2007: 131 ss.]

¿INSTAURADOR DE UN NUEVO CULTO? – ÚLTIMA CENA

Resumimos las ideas de Antonio Piñero sobre la personalidad y la conciencia de Jesús (*Guía para entender el Nuevo Testamento*. Madrid: Trotta, 2006, p. 214 ss.)

«La tradición de los Evangelios sinópticos y de Pablo (1 Cor 11,23-25) presenta a Jesús como el fundador de un nuevo culto, la eucaristía, que habría de sustituir a la larga el culto sacrificial del templo de Jerusalén. A pesar de estos testimonios, hay motivos para albergar serias dudas sobre la rectitud histórica de esta tradición. En primer lugar, hay suficientes indicios en los textos de la Última Cena para sospechar en ella un doble estrato o doble tradición, uno de los cuales no se refiere en absoluto a la eucaristía, y que fue probablemente la tradición básica. Este primer estrato contendría los elementos que presentan esa comida no como una cena pascual, sino como un banquete mesiánico anticipado.

Cuando Jesús cae en la cuenta de que corre peligro de muerte por su enfrentamiento con las autoridades, celebra con sus discípulos el último acto simbólico (un banquete, símbolo del Reino) antes de su posible desaparición y de que Dios instaure a continuación su reinado («Ya no beberé más de este fruto de la vid hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre»: Mt 26,29).

Si esta frase se puede atribuir al Jesús histórico tal cual nos ha sido transmitida, Jesús presupondría no sólo su muerte inmediata, sino también su futura resurrección para participar del Reino venidero, al igual que los patriarcas de Israel. Este estrato explica la ausencia de elementos de cena pascual (falta el cordero, las hierbas, el orden de la ingestión del vino es distinto, etc.) que presentan los textos.

El segundo estrato contiene las palabras de la institución eucarística (Mt 26,26-28; Mc 14,22-24; Lc 22,15-20). Normalmente consideran los críticos que este segundo estrato es añadido o superpuesto al primero. Sobre su interpretación, a saber qué presencia de Jesús se supone en la repetición del acto (pan y vino) hay interminables discusiones, dividiéndose las opiniones en general en dos grandes grupos.

Mientras que para los protestantes la presencia de Jesús en la eucaristía repetida es meramente simbólica o conmemorativa, para los católicos se trata de una presencia real de la divinidad en sentido estricto. Bajo la sustancia de los elementos materiales se halla auténticamente la divinidad.

Respecto a la interpretación global de los dos estratos parece verosímil aceptar como histórico lo siguiente: Jesús celebró realmente un último banquete, escatológico, de despedida, antes de morir, con sus discípulos porque intuía que su enfrentamiento con las autoridades iba a acabar mal. La comunidad primitiva, ya desaparecido Jesús, celebraba una repetición de ese banquete en recuerdo general de los que compartió Jesús durante su vida y en especial de su «Última Cena». Este hecho explica cómo aparece la «cena» en un documento muy antiguo del cristianismo, la *Didaché*, o «Doctrina de los doce apóstoles» (hacia el 110 d.C.) y la «fracción del pan» en los Hechos de los apóstoles (ágape entre cristianos, pero no sacramental: por ejemplo, en

2,42) sin alusión ninguna a una eucaristía que celebraba una muerte vicaria de Jesús como el cordero pascual en pro de toda la humanidad (contrástese Did 9,1-4 con Mc 10,45).

La interpretación de las palabras de Jesús como un rito eucarístico propiamente tal –en el que de alguna manera se conmemora y se repite la muerte vicaria de Jesús por toda la humanidad– es producto de una revelación personal de Jesús a Pablo. Éste lo recuerda en 1Cor 11,23 («Porque yo *recibí del Señor* lo que os he transmitido...»).

Muy de acuerdo con el conjunto de su teología sobre el valor de la muerte de Jesús, Pablo interpreta la Última Cena como institución de un acto cultural conmemorativo («Haced esto en memoria mía»: 1 Cor 11,2-4) de ese sacrificio salvador. Los evangelistas sinópticos, todos posteriores al Apóstol, recogen la tradición de Pablo o de las iglesias paulinas, y transmiten la celebración de la eucaristía, por una parte, de modo análogo a los banquetes de Jesús cuando estaba en vida y, por otra, como las cenas funerarias, sagradas, de los paganos piadosos de su entorno, otorgándole un verdadero sentido sacramental.

Fueron profetas cristianos primitivos en nombre de Jesús los que pronunciaron en nombre de Jesús las palabras de la institución de la eucaristía que pasan a la colección de palabras «auténticas» de Jesús sin marca o señal alguna que las distinga. Esto es lo que hemos denominado «segundo estrato». [Piñero, 2006: 214 ss.]

¿SABÍA JESÚS QUE IBA A MORIR?

«La figura de un Jesús muy religioso, judío de su tiempo, totalmente sincero con su religión –aunque no podamos comprenderlo hoy en todos sus extremos que nos parecen un tanto fanáticos– es perfectamente plausible en el siglo I. Según Fernando Bermejo: “el núcleo básico de las narraciones evangélicas – la trayectoria de un predicador apocalíptico procedente de Galilea que fue discípulo del Bautista, predicó la inminente llegada del reino de Dios, fracasó rotundamente y acabó sus días crucificado por los romanos en Jerusalén– tiene, de entrada, plausibilidad histórica: nos ofrece a un judío carismático plenamente comprensible en la religiosidad y cultura de su tiempo, y al mismo tiempo dotado de la fisonomía específica de un sujeto de carne y hueso”.

En esta imagen no encaja en absoluto la idea que él sabía que iba a morir. No entraba en sus propósitos al entrar en Jesús como pretendiente mesiánico. La idea de la muerte de Jesús como un designio eterno divino no pertenece al Jesús histórico que deseaba triunfar en todo momento. Se trata de una noción teológica que se inventa después precisamente para dar significado a su tremendo fracaso en la cruz». [[Antonio Piñero](#), 28.03.2016]

«Jesús muere porque los romanos consideraron probado que se había proclamado mesías-rey de los judíos. Eso era en el Imperio Romano un delito contra la majestad del emperador. Merecía la peor muerte. Jesús no tuvo opción ninguna de postergar su muerte. Jesús no pretendió morir, ni agenció

nada. Jesús entró triunfante en Jerusalén pensando que Dios finalmente vendría la tierra e instauraría su reino». [Antonio Piñero]

ARRESTO DE JESÚS POR LAS AUTORIDADES RELIGIOSAS

Tras la cena, según los sinópticos, Jesús y sus discípulos fueron a orar al huerto de Getsemaní. Los apóstoles, en lugar de orar, se quedaron dormidos, y Jesús sufrió un momento de fuerte angustia con respecto a su destino, aunque decidió acatar la voluntad de Dios.

Judas había efectivamente traicionado a Jesús, para entregarlo a los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de Jerusalén a cambio de treinta piezas de plata. Acompañado de un grupo armado de espadas y garrotes, enviado por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, llegó a Getsemaní y reveló la identidad de Jesús besándole la mejilla. Jesús fue arrestado. Por parte de sus seguidores hubo un conato de resistencia, pero finalmente todos se dispersaron y huyeron.

El relato de Juan ofrece variantes significativas: no se cita Getsemaní como el lugar de la detención, sino un huerto «al otro lado del torrente Cedrón»; en la detención de Jesús toma parte una cohorte romana; y Jesús no es denunciado por Judas, sino que se entrega él mismo a los que iban a detenerlo.

«Probablemente, los primeros cristianos tenían noticia del curso general de los acontecimientos (interrogatorio ante las autoridades judías, entrega a Pilato, crucifixión), pero no de sus detalles. Por otra parte, el relato de la pasión no se parece al resto de los relatos evangélicos, compuestos por pequeñas escenas y episodios transmitidos por la tradición. Es una composición larga que describe la sucesión de unos hechos enlazados entre sí; todo hace pensar que la redacción se debe al trabajo de «escribas» que narran la pasión buscando en las sagradas Escrituras el sentido profundo de los hechos; lo que se observa en el trasfondo del relato no es tanto la transmisión de unas tradiciones cuanto el trabajo delicado de unos escribas expertos en buscar en el Antiguo Testamento textos que puedan ayudar a captar el sentido profundo de los hechos. El problema está en saber si los relatos describen acontecimientos.

Frente a los que pueden considerar los hechos de la pasión como desprovistos de sentido, estos escritos se esfuerzan por hacer ver, a veces de manera artificiosa, que se han ido cumpliendo providencialmente los designios de Dios. Es clara también la tendencia cada vez mayor de la tradición a disculpar a los romanos, subrayando la inocencia de Pilato, mientras se insiste de manera cada vez más brutal en culpabilizar a todo el pueblo judío de la crucifixión del Mesías, Hijo de Dios.

Este hecho, que está en el origen de tantas persecuciones a los judíos, se debe a que los cristianos, que se están extendiendo entre los gentiles, no quieren ganarse la hostilidad de Roma presentándose como herederos de alguien condenado por las autoridades romanas como peligroso para el Imperio; al mismo tiempo desean diferenciarse claramente del resto de los

judíos, que están siendo perseguidos por Roma después de la caída de Jerusalén.

Aunque históricamente fue Pilato quien dictó la sentencia de muerte, Lucas lo presenta proclamando por tres veces la inocencia de Jesús (23,4) Según Mateo, Pilato se declara «inocente» y se lava las manos (27,24). Juan lo presenta entregando a Jesús a los judíos para que sean ellos los que lo crucifiquen (19,16). Por el contrario, aunque al comienzo Marcos 14,1 solo habla de la conspiración de los sumos sacerdotes y escribas, Mateo 27,25 insiste en que es todo el pueblo el que exige la crucifixión de Jesús («caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos»). Según Juan, son los «judíos» los que piden su muerte (18,31-38). El «proceso a Jesús» se convierte más de una vez en «proceso a los judíos» (A. Marchadour).

Al mismo tiempo se advierte también el interés en presentar a Jesús como el mártir inocente, ejecutado injustamente por los impíos, pero rehabilitado por Dios, siguiendo un esquema bien conocido en la tradición judía; de esta manera, el crucificado se convierte en modelo ejemplar para los cristianos que están sufriendo.

J. D. Crossan piensa que la mayor parte de los relatos son «profecía historizada», es decir, composiciones de los escribas que no se derivan del recuerdo de unos hechos concretos, sino que han sido elaboradas a partir de los textos bíblicos. Marcos 14,1-2 nos informa de una conspiración de los sumos sacerdotes y escribas, que, faltando dos días para la Pascua, buscan cómo prender a Jesús evitando la reacción del pueblo. El hecho puede ser cierto.

Juan 18:3.12 habla de la presencia de una «cohorte», unidad militar formada por seiscientos soldados. El dato no merece el menor crédito, no solo por el número evidentemente exagerado de hombres, sino porque es impensable que soldados romanos conduzcan a Jesús ante el sumo sacerdote y no ante su prefecto. La escena descrita en 18,1-9 ha sido compuesta por Juan para destacar el señorío de Jesús, que, al decirles «yo soy», los hace caer a todos por los suelos.

No parece legítimo dudar de la intervención de Judas. En la comunidad cristiana no se hubiera inventado semejante traición protagonizada por uno de los Doce (R. E. Brown). La hipótesis de que su figura y actuación son pura creación de Marcos para simbolizar la traición del pueblo judío (Judas = Yehudá = Judá) no se basa en argumentos convincentes. El mismo J. D. Crossan lo considera un personaje real, «seguidor» de Jesús, a quien traicionó (en contra de la posición mayoritaria del Jesus Seminar)». [Pagola, 2007: 134 ss.]

EL PROCESO DE JESÚS DE NAZARET

Tras su detención, Jesús fue llevado al palacio del sumo sacerdote Caifás. Allí fue juzgado ante el Sanedrín. Se presentaron falsos testigos, pero como sus testimonios no coincidían no fueron aceptados. Finalmente, Caifás preguntó directamente a Jesús si era el Mesías, y Jesús dijo: «Tú lo has dicho». El sumo

sacerdote se rasgó las vestiduras ante lo que consideraba una blasfemia. Los miembros del Sanedrín escarnecieron cruelmente a Jesús. En el Evangelio de Juan, Jesús fue llevado primero ante Anás, suegro de Caifás, y luego ante este último. Solo se detalla el interrogatorio ante Anás, bastante diferente del que aparece en los sinópticos. Pedro, que había seguido a Jesús en secreto tras su detención, se encontraba oculto entre los sirvientes del sumo sacerdote. Reconocido como discípulo de Jesús por los sirvientes, le negó tres veces (dos según el Evangelio de Juan), como Jesús le había profetizado.

A la mañana siguiente, Jesús fue llevado ante Poncio Pilato, el procurador romano. Se sabe que el cargo de Pilato no era en realidad el de procurador, sino el de prefecto. Figura erróneamente con ese cargo no solo en los evangelios, sino también en la obra del historiador Flavio Josefo.

Tras interrogarle, Pilato no le halló culpable, y pidió a la muchedumbre que eligiera entre liberar a Jesús o a un conocido bandido, llamado Barrabás. La multitud, persuadida por los príncipes de los sacerdotes, pidió que se liberase a Barrabás, y que Jesús fuese crucificado. Pilato se lavó simbólicamente las manos para expresar su inocencia de la muerte de Jesús.

El Evangelio de Lucas añade que Pilato envió a Jesús ante Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que se encontraba de visita en Jerusalén. Según este relato, Jesús no quiso contestar a las preguntas de Antipas, quien lo envió de nuevo a Pilato (Lc 23,1-25). En el Evangelio de Juan, por otro lado, se añaden dos diálogos entre Jesús y Pilato que no aparecen en el resto de los relatos de la Pasión (Jn 18,28-19,16).

«Jesús fue conducido a casa de Caifás, el hombre fuerte de Jerusalén por los años treinta. No solo era el sumo sacerdote que gobernaba el templo y la ciudad santa, sino la máxima autoridad del pueblo judío disperso por todo el Imperio. Presidía el Sanedrín y representaba al pueblo de Israel ante el poder supremo de Roma. Sin duda fue un hombre sumamente hábil. Su matrimonio con una hija de Anás le había permitido emparentar con la familia sacerdotal más poderosa de Jerusalén. Contando con la ayuda de su suegro logró ser nombrado sumo sacerdote por Valerio Grato el año 18. Cuando, después de ocho años, Grato fue sustituido por Poncio Pilato, Caifás consiguió ser confirmado por el nuevo prefecto para continuar en su cargo hasta que ambos fueron destituidos el año 36 por Vitelio, gobernador de la provincia romana de Siria.

Detrás de Caifás se movía un poderoso clan que dominó la escena religiosa y política de Jerusalén durante toda la vida de Jesús: la familia de los Anás, los Ben Hanín. Anás, su fundador, había sido sumo sacerdote durante muchos años. Nombrado por Quirino el año 6, al inicio de la ocupación romana, dejó su cargo el año 15, pero no por eso perdió su influencia y poder. Amigo personal de Valerio Grato y Poncio Pilato, logró que cinco de sus hijos, un nieto y, sobre todo, su yerno José Caifás le sucedieran en el poder. El clan sacerdotal de los Anás dejó en la tradición judía el recuerdo de una familia rapaz, que utilizaba toda clase de intrigas, presiones y maquinaciones para

acaparar los cargos más influyentes y rentables del templo entre sus miembros.

Los Ben Hanín eran la familia más poderosa y opulenta de la aristocracia sacerdotal, y sus principales miembros vivían en el barrio residencial de los sacerdotes, en la parte alta de la ciudad, no lejos del palacio donde residía Pilato durante sus estancias en Jerusalén.

Cada vez hay menos dudas de las buenas relaciones y estrecha colaboración que existió entre Caifás y Pilato. No hemos de olvidar que los sumos sacerdotes eran seleccionados por el prefecto no por su piedad religiosa, sino por su disponibilidad para colaborar con Roma; por su parte, los sumos sacerdotes procuraban, por lo general, plegarse a una «prudente» colaboración que les permitiera mantenerse durante largo tiempo en el poder.

El caso de Caifás es un ejemplo palpable. No reaccionó a favor del pueblo en ninguna de las ocasiones en que este se levantó airado contra Pilato: primero, por haber introducido los estandartes imperiales en la ciudad santa y, después, al apoderarse del tesoro del templo para construir un acueducto. De manera hábil logró sortear los conflictos y mantenerse en su cargo junto a Pilato. Solo cayó cuando Vitelio, gobernador romano de Siria, ordenó a Pilato regresar a Roma para dar cuenta de su gestión ante el emperador, al mismo tiempo que Caifás era destituido de su cargo de sumo sacerdote.

¿Qué es lo que ocurrió esa última noche que Jesús pasó en la tierra, detenido por las fuerzas de seguridad del templo? En general, los relatos dan la impresión de que fue una noche confusa. Por otra parte, es posible que tampoco los evangelistas conocieran con precisión las relaciones existentes entre los sacerdotes dirigentes, los ancianos, los escribas y el Sanedrín. Lo que sí podemos concluir es que hubo una confrontación entre Jesús y las autoridades judías que lo habían mandado arrestar, y que el sumo sacerdote Caifás y la clase sacerdotal dirigente tuvieron un papel destacado. Los investigadores más recientes van aproximando sus posiciones hacia una reconstrucción básica de los hechos.

Según Marcos, el Sanedrín se reúne durante la noche y condena solemnemente a Jesús por haberse proclamado Mesías e Hijo de Dios, y por haberse arrogado la pretensión de venir un día sobre las nubes del cielo, sentado a la derecha de Dios. Su actitud, según el relato, provoca el escándalo del sumo sacerdote, que grita horrorizado: ¡es un blasfemo!

En realidad, todo hace pensar que esta comparecencia de Jesús ante el Sanedrín judío nunca tuvo lugar. Probablemente, esta dramática escena es una composición cristiana posterior, elaborada para mostrar que Jesús ha muerto en la cruz por los títulos de «Mesías» e «Hijo de Dios» que le atribuyen los cristianos y que tanto escandalizan a los judíos. El Sanedrín no tenía poder de dictar sentencias de muerte, o al menos de ejecutarlas.

Hoy sabemos que Roma nunca dejaba esta competencia (*ius gladii*) en manos de las autoridades locales. Por otra parte, el «proceso» ante el Sanedrín, tal como aparece en los evangelios, contradice lo que podemos saber por la

Misná, que, al describir el funcionamiento del Sanedrín, dice que las reuniones están prohibidas en días festivos o preparatorios, no pueden celebrarse de noche y han de tener lugar en el atrio del templo, no en el palacio del sumo sacerdote.

Esa noche no hubo, pues, una sesión oficial del Sanedrín, y mucho menos un proceso en toda regla por parte de las autoridades judías, sino una reunión informal de un consejo privado de Caifás para hacer las debidas indagaciones y precisar mejor los términos en que se podía plantear la cuestión ante Pilato. Una vez detenido Jesús, lo que preocupa es poner a punto la acusación que llevarán por la mañana al prefecto romano: es necesario reunir en su contra cargos que merezcan la pena capital. No es posible saber quiénes estuvieron esa noche interrogando a Jesús.

La decisión de eliminar a Jesús parece estar tomada desde el comienzo, pero, ¿cuáles son los motivos reales que mueven a este grupo de dirigentes judíos a condenarlo? Durante muchos años se ha debatido si el Sanedrín poseía o no el *ius gladii*. Hoy se afirma, de manera general, que no tenía esta competencia en tiempos de Jesús.

Aunque, según el relato, Jesús es condenado por «blasfemo» al haberse proclamado «Mesías», «Hijo de Dios» e «Hijo del hombre», la combinación de estos tres grandes títulos cristológicos que constituían el núcleo de la fe en Jesús nos está indicando que estamos ante una escena que difícilmente puede ser histórica. Jesús no es condenado por nada de esto. En ningún momento manifiesta pretensión alguna de ser Dios: ni Jesús ni sus seguidores en vida de él utilizaron el título de «Hijo de Dios» para confesar su condición divina. Tampoco se le condena por su pretensión de ser el «Mesías» esperado. Es posible que algunos de sus seguidores vieran en él al Mesías y lo hicieran correr entre la gente, pero, al parecer, Jesús nunca se pronunció abiertamente sobre su persona. A la cuestión de su mesianidad respondía de forma ambigua. Ni lo afirmaba ni lo negaba. En parte porque tenía su propia concepción de lo que debía hacer como profeta del reino de Dios; en parte porque dejaba en manos del Padre la manifestación definitiva del reino y de su persona. En cualquier caso, sabemos que, desde la vuelta de Israel del destierro, fueron varios los que se presentaron con la pretensión de ser el «Mesías» de Dios, sin que las autoridades judías se sintieran obligadas a perseguirlos. No se conoce el caso de ningún pretendiente mesiánico juzgado en nombre de la ley o considerado como blasfemo contra Dios. Si alguien se presentaba como «Mesías», podía ser aceptado o rechazado, pero no se le condenaba como blasfemo.

Por supuesto, ninguno de los que toma parte en este interrogatorio piensa que Jesús sea el Mesías. Ellos lo ven como un falso profeta que se está convirtiendo en un peligro para todos. Presentarse como «Mesías» no es «blasfemia», pero sí algo políticamente explosivo que puede dar pie para acusarlo contra Roma, sobre todo porque su actitud en la capital comienza a ser una amenaza para la estabilidad del sistema.

El ataque al templo es, sin duda, la causa principal de la hostilidad de las autoridades judías contra Jesús y la razón decisiva de su entrega a Pilato. El relato cristiano no lo ha podido ocultar. El gesto del templo es el último acontecimiento público que lleva a cabo Jesús. Su intervención en el recinto sagrado constituye una actuación grave contra el «corazón» del sistema. El templo es intocable. El ataque al templo como causa de la hostilidad contra Jesús no desaparece nunca del horizonte en las fuentes cristianas. Lo recuerda Marcos en la escena ante el sumo sacerdote (14,57-58); aparece luego en las burlas que se le hacen al crucificado (Marcos 15:29-30 / Mateo 27,39-40); se recuerda en la acusación a Esteban (Hechos de los Apóstoles 6,13-14).

El asunto de Jesús de Nazaret, liderando un grupo de seguidores e invitando a «entrar en el reino de Dios», es mucho más grave. Su actuación contra el templo es una amenaza para el orden público lo suficientemente preocupante como para entregarlo al prefecto romano. Las cuestiones relativas al templo no dejaban indiferentes a los romanos, como si se tratara de simples asuntos religiosos internos de los judíos. El prefecto conocía bien el peligro potencial que encerraba cualquier alteración del orden en Jerusalén, sobre todo en el clima de Pascua y con la ciudad repleta de judíos provenientes de todo el Imperio. El consejo de Caifás toma la resolución de entregarlo a Pilato. Casi con toda seguridad, el prefecto romano lo ejecutará como un perturbador indeseable». [Pagola, 2007: 134 ss.]

PILATO SE LAVA LAS MANOS

«Probablemente el juicio ante Pilato fue sin presencia de gente, a puerta cerrada. Y nunca sabremos lo que allí se dijo. Los autores de los evangelios no fueron testigos oculares; escriben cuarenta, sesenta y cien años después, y eso es mucho tiempo. No existía prensa, ni radio, televisión, nada de nada... Lo que se dice del juicio son meras conjeturas de estos autores. Por otra parte, no quedan actas del juicio. Haberlas, es posible que las hubiera». [Antonio Piñero]

Mateo en los versículos 27,24 dice que el gobernador, antes de emitir un juicio sobre Jesús, dejó una frase que hizo historia. "Y viendo Pilatos que no conseguía nada, sino que más bien se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: Soy inocente de la sangre de este justo".

Según escribe Kevin Butcher, en el tiempo que se escribieron los textos del evangelio, todavía estaba el Imperio romano en pie, por lo que era un riesgo culparlos a los romanos. Podría ser que la frase asociada a lavarse las manos fuera para culpar a los judíos y no a los romanos. "Lavarse las manos después de una condena no era una práctica habitual en un juicio romano. No quiero decir que nunca ocurriese, pero la idea detrás de ello es que Pilatos reconoce que Jesús está siendo condenado de forma injusta y el agua limpia su culpa. Todo indica que forma parte de la tradición que pretendía culpar a los judíos de la crucifixión antes que a los romanos".

¿Quién dictó la sentencia de muerte?

«Los Evangelios acusan a los judíos, una afirmación que ha propiciado 2.000 años de antisemitismo, una de las más violentas, trágicas y perdurables lacras de la historia de la humanidad. Como recuerda Juan Arias, "fue el papa Juan XXIII quien en 1959 mandó quitar de la oración de Viernes Santo la expresión 'pérfidos judíos' y la de 'obcecación de aquel pueblo' que se negaba a reconocer la divinidad de Jesús".

Reza Aslan argumenta en *El Zelote*, que los Evangelistas exculparon a los romanos porque "Roma se había convertido en el principal público del evangelismo cristiano". Paul Winter (1904-1969) escribe por su parte en su clásico *Sobre el proceso a Jesús* que "el tribunal judío tenía autoridad para dictar y aplicar penas capitales, pero que, a pesar de ello, a Jesús no le condenó a muerte el Sanedrín".

Para Douglas Boin, "los testimonios bíblicos que acusan a los judíos son una distracción que trata de lanzar a los historiadores por el camino equivocado". De nuevo existe un consenso entre los investigadores: si Jesús fue condenado a la cruz, tuvo que ser por los delitos que provocaban un método de ejecución tan extremo: sedición, desafío al poder de Roma, insurrección contra el Estado. Y un gobernante romano como Poncio Pilatos no dudaría un instante en aplicar ese castigo. El hecho de que, según alguno de los Evangelios, fuese ejecutado junto ladrones, "podemos hablar también de rebeldes" precisa Savage, no hace más que confirmar esta tesis. Simon Sebag Montefiore escribe en su monumental historia de la ciudad de las tres religiones, Jerusalén. Una biografía: "Los Evangelios, escritos o enmendados después de la destrucción del Templo en 70, acusan a los judíos y absuelven a los romanos, deseosos de mostrar su lealtad al imperio. Sin embargo, los cargos contra Jesús y el castigo en sí cuentan su propia historia: fue una operación romana"». [Guillermo Altares, *El País*, 24-03-2016]

«De algunos pasajes de la crucifixión existen, en los cuatro evangelios canónicos, hasta siete versiones diferentes y contradictorias ¿Fueron los judíos los que lo arrastraron a la cruz o más bien los romanos, que en aquel tiempo dominaban Palestina y lo consideraron un subversivo del orden?

"Recemos por los pérfidos judíos"... "Oye, Dios, nuestra plegaria por la obcecación de aquel pueblo para que sea liberado de las tinieblas". Esta oración fue rezada por millones de católicos en la liturgia del Viernes Santo desde 1570, cuando el papa Pio V creó el Misal Romano.

Aquella oración injuriosa para la religión judía, de la que nació el cristianismo, llevaba implícito que habían sido los judíos los que mataron a Jesús. El escritor israelí Amos Oz lo dice abiertamente: "Durante milenios la Iglesia Católica se dedicó a calificar a los judíos de asesinos de Dios".

Hoy, sin embargo, los historiadores se inclinan a reconocer que fueron los romanos y no los judíos quienes condenaron al profeta rebelde.

Se basan en dos argumentos concretos: por un lado, la crucifixión era una forma de pena de muerte desconocida por los judíos. Ellos usaban en sus condenas la lapidación, la decapitación y el degüello. La crucifixión era una

especialidad de los romanos usada con los rebeldes políticos. Por otro lado, en tiempos de Jesús, cuando Palestina estaba ocupada por el poder romano, las autoridades judías habían perdido la potestad de condenar a muerte. Si acaso podían hacerlo solo por blasfemia, es decir, por motivos estrictamente religiosos.

Es posible que en un primer momento, Jesús hasta fuera juzgado por la alta Corte Sacerdotal y acusado de blasfemia por haber desafiado el poder del Templo. Sin embargo, lo que dicen los evangelios es que el Sanedrín envió a Jesús al romano Pilatos para que fuera juzgado por él, señal de que no vieron motivos de tipo religioso para condenarlo a muerte, según explica uno de los mayores conocedores del tema, Paul Winter, en su obra *Sobre el proceso de Jesús*.

La confusión pudo nacer del hecho que entre los judíos existía la costumbre de colgar los cuerpos de los muertos por lapidación para exponerlos al oprobio, diferente de la crucifixión en la que los condenados eran clavados vivos en la cruz y dejados para desangrarse hasta morir, a veces durante días enteros.

Las fuentes rabínicas indican que la muerte en la cruz se realizaba "en conformidad con la práctica romana". Basta recordar que el autor del tiempo de Antíoco IV menciona con repugnancia la práctica de los romanos de "suspender hombres vivos", práctica de la que se recuerda que "nunca fue realizada en Israel".

Fue el papa Juan XXIII quien en 1959 mandó quitar de la oración de Viernes Santo la expresión "pérfidos judíos" y la de "obcecación de aquel pueblo" que se negaba a reconocer la divinidad de Jesús.

Pablo VI, que sucedió a Juan XXIII, dio un paso más y quitó también la oración para que los "ciegos judíos" se convirtieran a la fe.

La oración fue cambiada en sentido positivo y en ella se rezaba por los judíos, "a quienes el Señor eligió como los primeros entre todos los hombres para recibir su palabra".

Fue el papa alemán Benedicto XVI quién permitió a los católicos conservadores, contradiciendo al Concilio Vaticano II, volver a la antigua liturgia en latín. Y fue él quien volvió a introducir en la oración del Viernes Santo la idea de que los judíos deben convertirse a la fe cristiana: "Recemos por los judíos: Que Dios ilumine sus corazones y reconozcan a Jesucristo". Fue una vuelta atrás y ahora se espera que Francisco, el Papa que mayor respeto y hasta admiración ha manifestado por la religión judía, vuelva a despojar de las oraciones de los cristianos cualquier atisbo a la necesidad de que los judíos —la primera gran religión monoteísta de la historia— necesiten convertirse a otra fe que no sea la suya.

En verdad, ya desde las disputas de los primeros cristianos en el siglo II se empezó a intentar cargar sobre los judíos el peso de haber condenado a muerte al mayor inocente de la historia, para congraciarse con los romanos, que en un principio persiguieron a los cristianos y después se los ganaron cargando a la Iglesia de privilegios.

Si fueron los romanos quienes, según los historiadores modernos, crucificaron a Jesús, lo que aún no queda claro son los motivos de su sentencia. Sin embargo, si la condenación a la muerte en la cruz era destinada a los rebeldes políticos, no cabe duda de que Pilatos y el poder romano de aquel tiempo se acabaron convenciendo de que el profeta que desafiaba a los poderosos, que llegó a tachar de "zorra" al rey Herodes y que arrastraba detrás de sí a una multitud de despreciados por el poder, tuvo que ser crucificado como subversivo político.

Lo confirmaría la inscripción que colocaron en su cruz: "Jesús, rey de los judíos", como para burlarse de él por haberse proclamado, según los romanos, como nuevo líder de aquel pueblo.

Jesús fue un judío que "curaba a todos", que se proclamó siempre fiel seguidor de la religión de sus padres y que, anticipándose a los tiempos, quería que la gran religión judía no quedase restringida a un solo pueblo sino que se abriera también a los gentiles y paganos, a los no circuncidados, para que llegara el día —como le dijo a la mujer samaritana— en que los hombres y mujeres no necesitasen ya rendir culto ni en el templo de los judíos ni el de los samaritanos, sino "en espíritu y en verdad".

Allí inauguró Jesús el moderno ecumenismo que ve en la fidelidad a la propia conciencia el único verdadero templo donde pueden darse cita, sin distinción ni guerras de religión, todos los seres humanos.

Quizás en ningún otro momento de la vida de Jesús los cuatro evangelistas insistan tanto como en la narración de los hechos de la pasión y muerte de Jesús. Y sin embargo, al mismo tiempo, de ningún otro momento de su biografía existen tantas diferencias y discrepancias entre los cuatro evangelios oficiales de la Iglesia.

Aunque es cierto que los evangelistas no intentaron hacer historia en el sentido moderno sino más bien "comunicarnos un mensaje religioso" como explica Winter y confirma otro especialista como Martin Dibelius, también lo es que dentro de dichos relatos (aun discrepantes entre ellos) existe escondida una verdad histórica que exige un gran esfuerzo hermenéutico para descubrirla.

Pilatos y el poder romano de aquel tiempo se acabaron convenciendo de que el profeta que desafiaba a los poderosos, tuvo que ser crucificado como subversivo político

De algunos momentos de la descripción de la crucifixión existen, entre los cuatro evangelistas, hasta siete versiones diferentes.

Y sin embargo, del trasfondo de aquellos hechos aún oscuros, surgió uno de los grandes movimientos —no solo religioso sino también político, humanista y hasta jurídico— de la historia. Y en ella sigue resonando como aldabonazo y reflexión la pregunta de Pilatos a Jesús durante el interrogatorio del proceso: "¿Cuál es la verdad?"». [Juan Arias, *El País*, abril de 2015]

LA AUTORIDAD JUDÍA Y LA AUTORIDAD ROMANA

«El dato histórico más incuestionable de la vida de Jesús es que murió crucificado. Los relatos de la pasión están muy teologizados y el historiador tiene que realizar un trabajo crítico para descubrir las causas inmediatas de la crucifixión y para reconstruir los acontecimientos de los últimos días.

Hay un dato firme: la cruz era un patíbulo romano y, en última instancia, fue la autoridad romana la responsable de la muerte de Jesús. Con toda probabilidad existió un juicio romano y una sentencia romana contra Jesús. El testimonio de Flavio Josefo lo dice claramente, pese a su prorromanismo (AJ 18, 63). Parece claro que en los evangelios existe una tendencia general a pintar con una luz favorable a los romanos y a mitigar cualquier conflictividad con el Imperio que hubiese podido tener Jesús. La situación de las comunidades cristianas primitivas explica lo que se ha llamado «apología pro romanos».

Pero también hay que decir que hoy no resulta sostenible la visión de un Jesús con pretensiones mesiánicas y que, por tanto, aspira sobre todo a la liberación de los romanos, a los que amenaza con una parusía inminente. Para defender esta idea hay que forzar extraordinariamente los textos evangélicos, que tal y como se encuentran serían una burda tergiversación de ese supuesto proyecto originario de Jesús.

Había muy buenas razones para que la autoridad romana se sintiese inquieta por el ministerio de Jesús, pero la intención primera de éste pasaba por la renovación de su propio pueblo y, concretamente, por la reincorporación de los excluidos y marginados. Lo que se opone al Reino de Dios no es simplemente la ocupación romana, porque el mal es mucho más profundo y pasa por el seno del mismo pueblo de Israel.

Sin duda en la muerte de Jesús tuvieron una importante responsabilidad las autoridades judías. Como reacción contra el nefasto antijudaísmo cristiano, que culpabiliza a este pueblo en bloque de la muerte de Jesús, en la actualidad muchos autores, judíos ante todo, pero también de otras procedencias, defienden que toda la responsabilidad fue de los romanos; piensan que sobre los textos evangélicos se ha proyectado la polémica tremenda que la Iglesia primitiva sostuvo con el judaísmo. Esta opinión también violenta de forma manifiesta los textos por razones ideológicas bien comprensibles.

Ciertamente no se puede meter a todo el pueblo judío en el mismo saco. Jesús no provocó un conflicto antijudío, sino intrajudío; suscitó un eco muy favorable, al menos, entre los ambientes campesinos de Galilea, que se mantuvo hasta el final. También hay que decir que los fariseos no aparecen nunca como enemigos de Jesús durante la pasión. En buena medida las polémicas de Jesús con ellos son proyección de los conflictos que la Iglesia posterior sostuvo con un judaísmo que, después del año 70, quedó hegemonizado por los fariseos. Jesús no fue un fariseo, pero estuvo relativamente cerca de ellos y compartió algunas de sus creencias fundamentales.

Los principales enemigos de Jesús fueron las autoridades, sobre todo las sacerdotales, que eran de orientación saducea, y estaban en magníficas

relaciones con los poderes romanos y herodianos. El detonante último para la detención de Jesús fue su ataque al Templo, pero parece claro que el eco popular que Jesús suscitaba le convertía en especialmente peligroso. No se crucifica a nadie, por muy exaltadas que sean sus doctrinas, si no encuentra ninguna atención en la gente.

Flavio Josefo nos dice que lo que le convirtió a Juan Bautista en peligroso a los ojos de Antipas fue el movimiento popular que desencadenó (AJ 18, 118 s.). En el evangelio de Juan encontramos una tradición que, despojada de algunos elementos teológicos advenedizos, tiene todas las probabilidades de reflejar la verdad histórica: «Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: ¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación... Desde este día decidieron darle muerte» (11,45-54).

Aquí se plantean muchos problemas. En mi opinión, la escena de la comparecencia ante el Sanedrín es una construcción teológica, en la que la comunidad cristiana pone en boca de Jesús su propia confesión cristológica elaborada a base de dos textos del AT (Sal 110, 1 y Dan 7, 13). No parece que hubo un juicio propiamente dicho ante la autoridad judía, aunque es probable que sí se produjese una comparecencia informal.

El juicio tuvo lugar ante la autoridad romana, que de ninguna manera se limitó a confirmar una sentencia previa judía. La cruz, como ya se ha dicho, era un patíbulo romano y la causa de su muerte, que aparecía escrita, indicaba un delito a los ojos de los romanos. Es, incluso, probable que soldados romanos, junto a los enviados por las autoridades del Templo, participasen ya en la detención de Jesús (Jn 18,3.12). En todo caso, la colaboración de ambas autoridades, la sacerdotal judía y la romana, estaba garantizada y a ambas Jesús les resultaba molesto y peligroso». [Aguirre, Rafael: "Aproximación actual al Jesús de la Historia". Deusto: Universidad de Deusto, *Cuadernos de Teología Deusto*, nº 5, 1996]

JESÚS FRENTE A LAS AUTORIDADES JUDÍAS

-Jesús de Nazaret es condenado a la cruz por sedición contra Roma, pero previamente es juzgado por los sacerdotes hebreos. ¿Qué le hace tan peligroso respecto a otros profetas y predicadores?

-Hay una discusión histórica a propósito de eso. Es muy probable que los judíos tuvieran poco que ver con la muerte de Jesús. Un proceso judío como el narrado en los Evangelios no sigue para nada las normas legales habituales en un juicio de este tipo. Así y todo, los evangelistas nunca inventan nada porque sí. El Evangelio de Juan, poco después de la resurrección de Lázaro, narra una reunión en casa de Caifás con todo el Sanedrín. Caifás alerta en este relato de la cantidad de gente que concentra Jesús y de la posibilidad de que su movimiento derive en una revolución contra los romanos que acabaría costando miles de muertos a las filas judías. «Es bueno que uno muera por el pueblo, y no que mueran tantos de la nación», afirma en la frase más

recordada del Sumo Sacerdote judío. Si hubo un juicio contra Jesús es más posible que respondiera a las características de este relato y no a un proceso legal en firme.

-Si el movimiento reformista encabezado por Jesús llamó la atención de Caifás y los sacerdotes judíos, ¿es un indicio de que estaba teniendo éxito?

-Estaba teniendo una cierta relevancia. Pongamos que había captado al 10 o 15% de la población, pero desde luego en Jerusalén no era un personaje popular. En la expulsión de los mercaderes del Templo de Jerusalén, es fácil entender que no cosechara muchas simpatías. Jesús alcanzó su mayor índice de violencia en ese episodio y fue una acción que le pudo costar la vida. Desplegó un tipo de violencia profética, donde anunció la purificación del templo: la destrucción y reconstrucción de la edificación a manos de Dios. Los artesanos, mercaderes y comerciantes que vivían en torno al templo no tenían ninguna disposición a un cambio de estatus como el profetizado. Eso es lo que hacemos en la novela «El trono maldito», poner a Jesucristo en el ambiente realista de la época.

-Para quienes no conocen ese contexto, la pregunta más habitual suele ser: ¿Por qué mataron a un personaje que predicaba el amor?

-Jesús no es un personaje blandito. Es un personaje duro, que se juega la vida, que tiene que huir continuamente de la «policía», que tiene que alimentar a un pequeño grupo de seguidores, los cuales viven de la caridad pública, y que se juega el pellejo. Luego los Evangelios, sobre todo los de Mateo y Lucas, pintan a un Jesús manso de corazón, pero eso es una reinterpretación posterior.

-¿Y en qué momento llama la atención de los romanos?

-La gente no sabe que, aunque en Judea eran más de manga ancha, en Roma «la Lex Julia de collegiis» impedía que más de diez personas se juntaran sin permiso de las autoridades. Imagínate cuando Jesús empieza a concentrar a grandes grupos de gente. La preocupación de los romanos demuestra que el movimiento estaba teniendo cierta repercusión. [[Antonio Piñero](#)]

CONDENADO A MUERTE POR ROMA

«Poncio Pilato residía de ordinario en su palacio de Cesarea, a unos cien kilómetros de Jerusalén, pero durante las fiestas judías más importantes subía al frente de sus tropas auxiliares hasta la ciudad santa para controlar la situación. En Jerusalén residía en el palacio-fortaleza construido por Herodes el Grande en el lugar más alto de la ciudad.

No es fácil hacerse una idea clara de la personalidad de Pilato. Si escuchamos a Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesús, Pilato es un personaje conocido por sus «sobornos, injurias, robos, atropellos, daños injustificados, continuas ejecuciones sin juicio y una crueldad incesante y muy lamentable». Si atendemos a otras informaciones, Pilato probablemente no fue ni más ni menos cruel que otros gobernadores romanos: todos usaban y abusaban de su poder para ejecutar impunemente a quienes consideraban peligrosos para el orden público.

Por Flavio Josefo conocemos algunos incidentes provocados por Pilato en los que se manifiesta su falta de tacto, su desconocimiento de la sensibilidad religiosa del pueblo judío y también su capacidad de utilizar métodos brutales para controlar a las masas. Sin embargo, su actitud no siempre es la misma.

No es extraño que los investigadores sospechen cada vez más que pudo haber un buen entendimiento y hasta una cierta «complicidad» entre Caifás y Pilato en la resolución del problema que Jesús les planteaba a ambos.

Los evangelios apenas dan a conocer detalles legales del proceso de Jesús ante Pilato. No es ese el objetivo de su relato. Por otra parte, tampoco parecen tener un conocimiento preciso de lo que ocurrió en el palacio del prefecto. Sin embargo coinciden con lo que sabemos por otras fuentes no cristianas. Fue Pilato quien dictó la sentencia de muerte y mandó crucificar a Jesús; lo hizo, en buena parte, por instigación de las autoridades del templo y miembros de poderosas familias de la capital. Este es el dato histórico más cierto: Jesús es ejecutado por soldados a las órdenes de Pilato, pero en el origen de esta ejecución se encuentra el sumo sacerdote Caifás, asistido por miembros de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén.

Pero, ¿hubo realmente un proceso ante el prefecto romano?

Pilato hubiera podido ejecutar sin más a aquel peregrino galileo, sin atenerse a muchas formalidades. Esto es lo que piensan aquellos a quienes el carácter ingenuo de la narración, la vaguedad de las acusaciones y el episodio legendario de Barrabás les lleva a sospechar que nos encontramos ante una composición cristiana y no ante una información histórica.

Según Marcos (15,1-15), Jesús es conducido ante Pilato, quien le pregunta si es el «rey de los judíos». Los sumos sacerdotes le acusan de «muchas cosas», de manera genérica, mientras Jesús guarda silencio (1-5). A continuación se narra el intento de Pilato por desbloquear la situación, liberando a Jesús y condenando a Barrabás; ante la presión del pueblo, que pide la crucifixión de Jesús, Pilato cede y lo envía a la cruz (6-15). Mateo (27,11-26) se inspira en Marcos, pero añade dos episodios carentes de fundamento histórico: el sueño de la mujer de Pilato (19) y su gesto teatral lavándose las manos y provocando la terrible automaldición del pueblo judío: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (24-25). Lucas (23,1-25) se distancia bastante de Marcos. Presenta a los sumos sacerdotes acusando a Jesús de diversos cargos concretos (vv. 2.5) y nos informa de una comparecencia de Jesús ante Herodes (6-12). Juan, por su parte, ofrece un relato muy largo y elaborado (18,28-19,16). Se trata de una construcción artificial en la que Pilato va pasando constantemente del «interior» del palacio, donde dialoga con Jesús, al «exterior», donde habla con «los judíos». Aunque ofrece detalles de interés para el historiador, su composición es una «lección de cristología» que Pilato recibe de Jesús.

El historiador judío Flavio Josefo, en su obra *Antigüedades de los judíos*, aparecida hacia el año 93 d. C, dice así hablando de Jesús: «Cuando Pilato, a causa de una acusación hecha por los hombres principales de entre nosotros, lo condenó a la cruz, los que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo»

(18, 3). Por su parte, hacia el año 116/117, el historiador romano Tácito, al aclarar el origen de los cristianos, acusados por Nerón de haber incendiado Roma, afirma que «este nombre viene de Cristo, que fue ejecutado bajo Tiberio por el gobernador Poncio Pilato» (Anales 15,44).

El juicio tiene lugar probablemente en el palacio en el que reside Pilato cuando acude a Jerusalén. Es temprano. Siguiendo la costumbre de los magistrados romanos, el prefecto comienza a impartir justicia muy pronto, después del amanecer. Pilato ocupa su sede en la tribuna desde la que dicta sus sentencias. Varios delincuentes esperan esa mañana el veredicto del representante del César. Jesús comparece maniatado. Es uno más. Las autoridades del templo lo han traído hasta aquí. Cuando llega su hora, Pilato no se limita a ratificar el proceso o la investigación que ha podido llevar a cabo Caifás. No dicta un *exequatur*, «ejecútese». Busca su modo propio de plantear el caso. Aunque Jesús ha sido entregado como culpable por las autoridades judías, el prefecto desea asegurarse por sí mismo si este hombre ha de ser ejecutado. Es él quien impone la justicia del Imperio.

Pilato no actúa de forma arbitraria. Para juzgar un caso como el de Jesús en una provincia del Imperio como era Judea podía elegir entre dos procedimientos vigentes en aquellos momentos. Al parecer no actúa siguiendo la práctica de la *coertio*, que le da potestad absoluta para tomar, en un determinado momento, todas las medidas que juzgue necesarias para mantener el orden público, incluso la ejecución inmediata; se trataba, en realidad, de una actuación arbitraria legalizada. Por lo que podemos saber, recurre más bien a la *cognitio extra ordinem*, que es la práctica seguida de ordinario en Judea por los gobernadores romanos: una forma expeditiva de administrar justicia, en la que no se siguen todos los pasos exigidos en los procesos ordinarios. Basta atenerse a lo esencial: escuchar la acusación, interrogar al acusado, evaluar la culpabilidad y dictar la sentencia.

Así piensa la mayoría de los investigadores recientes, que afirman la historicidad del proceso romano contra Jesús apoyándose en las fuentes evangélicas y en la información que poseemos de la práctica jurídica en el Imperio.

Esta es la pregunta que se repite en todas las fuentes: «¿Eres tú el rey de los judíos?». ¿Es cierto que Jesús trata de erigirse como rey de esta provincia romana? Esta cuestión es nueva. No se había planteado con ese contenido político ante las autoridades del templo. Desde la perspectiva del Imperio es la pregunta decisiva.

Para Pilato, la intervención de Jesús en el templo y las discusiones que pueda haber sobre su condición de verdadero o falso profeta son, en principio, un asunto interno de los judíos. Como prefecto del Imperio, él está más atento a las repercusiones políticas que puede tener el caso. Este tipo de profetas que despiertan extrañas expectativas entre la gente pueden ser a la larga peligrosos.

La pregunta del prefecto significa un desplazamiento de la acusación. Si la inculpación se confirma, Jesús está perdido. El título «rey de los judíos» era

peligroso. Habían sido los sacerdotes asmoneos los primeros en atribuirse este título, al proclamar la independencia del pueblo judío después de la rebelión de los Macabeos (143-63 a. C.). Más tarde fue Herodes el Grande (37-4 a.e.) quien fue llamado «rey de los judíos», porque así lo nombró el Senado romano.

Aquel hombre no va armado. No lidera un movimiento de insurrectos ni predica un levantamiento frontal contra Roma. Sin embargo, sus fantasías sobre el «imperio de Dios», su crítica a los poderosos, su firme defensa de los sectores más oprimidos y humillados del Imperio, su insistencia en un cambio radical de la situación, son lo que Pilato considera a Jesús lo suficientemente peligroso como para hacerlo desaparecer. Los expertos discuten si la sentencia se basa en el delito de *perduellio*, es decir, sedición o ataque grave contra Roma, o más bien en el de crimen *laesae maiestatis populi romani*, es decir, daño al prestigio del pueblo romano y de sus mandatarios. Poco importa, Jesús es ejecutado por peligroso.

En contra de lo que se hubiera podido esperar, nadie tocó a los seguidores de Jesús. No solo eso. Después de la muerte de Jesús se les permitió formar una comunidad en la misma Jerusalén. Es claro que Roma nunca vio en Jesús al organizador de un levantamiento contra el Imperio (contra Brandon y Carmichael).

Su crucifixión no fue, pues, un lamentable error ni el resultado de un cúmulo desgraciado de circunstancias. El profeta del reino de Dios es ejecutado por el representante del Imperio romano por instigación e iniciativa de la aristocracia local del templo. Unos y otros ven en Jesús un peligro.

Pilato debe cumplir con su obligación suprimiendo de raíz todo altercado que pueda poner en peligro el orden público de Judea. Caifás y su consejo tienen que defender el templo e impedir la intromisión de «fanáticos» difíciles de controlar. Los soldados cumplen órdenes. Probablemente, parte de la población de Jerusalén, que no conocía demasiado a Jesús y cuya vida depende en buena parte del funcionamiento del templo y la llegada de peregrinos, se deja influir por sus dirigentes y se posiciona contra Jesús.

La inocencia de Pilato, proclamada de diversas maneras en todos los evangelios, no es creíble. Los estudios recientes consideran que esta presentación exculpatoria del prefecto romano no es un dato histórico, sino «propaganda cristiana». En su origen está la preocupación de los primeros cristianos de no aparecer en el Imperio como herederos de alguien condenado como una amenaza contra Roma. No obstante, Brown piensa que la teoría de que los evangelios exculpan a Pilato a base de crear un personaje totalmente ficticio peca de exagerada.

La razón de fondo está clara. El reino de Dios defendido por Jesús pone en cuestión al mismo tiempo todo aquel entramado de Roma y el sistema del templo. Las autoridades judías, fieles al Dios del templo, se ven obligadas a reaccionar: Jesús estorba. Invoca a Dios para defender la vida de los últimos. Caifás y los suyos lo invocan para defender los intereses del templo. Condenan a Jesús en nombre de su Dios, pero, al hacerlo, están condenando al Dios del

reino, el único Dios vivo en el que cree Jesús. Lo mismo sucede con el Imperio de Roma. Jesús no ve en aquel sistema defendido por Pilato un mundo organizado según el corazón de Dios. Él defiende a los más olvidados del Imperio; Pilato protege los intereses de Roma. El Dios de Jesús piensa en los últimos; los dioses del Imperio protegen la pax romana. No se puede, a la vez, ser amigo de Jesús y del César; no se puede servir al Dios del reino y a los dioses estatales de Roma. Las autoridades judías y el prefecto romano se movieron para asegurar el orden y la seguridad.

Sin embargo no es solo una cuestión de política pragmática. En el fondo, Jesús es crucificado porque su actuación y su mensaje sacuden de raíz ese sistema organizado al servicio de los más poderosos del Imperio romano y de la religión del templo.

Es Pilato quien pronuncia la sentencia: «Irás a la cruz». Pero esa pena de muerte está firmada por todos aquellos que, por razones diversas, se han resistido a su llamada a «entrar en el reino de Dios». [Pagola, 2007: 137 ss.]

«-Un personaje del Nuevo Testamento que llama poderosamente la atención por su aire enigmático, pese a su breve aparición, es el de Barrabás, al que el pueblo prefiere antes que a Jesús cuando los romanos preguntan a qué preso quieren libre. ¿Quién era este personaje que contaba con la simpatía del pueblo y que Pilatos accedió a liberar?

-Su nombre significa «el hijo del padre» en arameo, puede ser desde un personaje de algún grupo precursor de los zelotes de 30 años más tarde o de los sicarios que iban liquidando romanos en secreto. Se ha especulado incluso que fuera uno de los discípulos de Jesús. Es muy difícil de probar su existencia histórica.

En los evangelios hay también personajes ficticios. Quizá el más ridículo sea el de "Barrabás". No se ha encontrado jamás un edicto romano que hiciese liberar a un preso. Por tanto, su figura es altamente legendaria.

Lo de Judas es bastante sospechoso, al igual que las treinta monedas que dicen pagarle. Su muerte tiene dos versiones: la de Mateo, cuando devuelve las monedas y se suicida, es un plagio de la muerte de Ajitófel. Mientras en Lucas, va y se compra un terreno y luego se despeña por un precipicio. Esto es un símil alegórico de la muerte del rey Antíoco. José de Arimatea es otro de los personajes marcados con el sello de legendarios». [[Antonio Piñero](#)]

LA FIGURA DE PONCIO PILATO

Los historiadores disponen de pocos datos confirmados sobre el hombre que, según el Evangelio de Mateo, se lavó las manos antes de enviar a Cristo a la cruz. Pilato se ha convertido en el arquetipo de la duda política, el hombre que, más por omisión que por acción, toma una decisión trascendental y equivocada. Pero apenas existen fuentes, fuera de los Evangelios, que corroboren el relato, ni tampoco documentos de la época romana.

La piedra caliza, de 82 centímetros por 68, nos ofrece su nombre, Pontius Pilate, y su título, Praefectus Judaea, prefecto de Judea, un detalle importante

ya que implica que tenía un rango militar. En la inscripción aparece además el nombre “divino Augusti Tiberieum”, el emperador Tiberio. Está fechada entre los años 26 y 36 y fue descubierta en 1961.

“Hasta entonces no se había encontrado ninguna evidencia arqueológica de que Poncio Pilatos, el quinto gobernador de Judea, hubiese existido ni siquiera”, teníamos varios relatos sobre él y no solo los que aparecen en los Evangelios” (Ann Wroe).

Existen tres fuentes textuales principales sobre Poncio Pilato: Flavio Josefo, Filón de Alejandría y los Evangelios. Filón y Josefo son los más hostiles a Pilato y lo tachan de incompetente y brutal, mientras que los Evangelios lo ven como un hombre que duda de la culpabilidad de Jesús.

Según el historiador romano Tácito: “Cristo, de quien toman el nombre, sufrió la pena capital durante el principado de Tiberio de la mano de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilato”. Tenemos también el testimonio de Flavio Josefo, quien en sus *Antigüedades judías* habla de un hombre extraordinario al que sus partidarios llamaban Cristo que fue acusado ante Pilatos. Muchos historiadores dudan de la autenticidad del llamado *testimonium Flavianum*. Se trataría de fragmentos añadidos posteriormente por algún monje medieval.

No todos los Evangelios coinciden en cuanto al papel de Pilatos en la condena a muerte de Jesús –el acto de lavarse las manos aparece solo en Mateo– pero todos coinciden en un punto: el gobernador romano no duda sobre la culpabilidad del reo y no quiere dictar la sentencia de muerte. Pilato envía a Jesús primero al rey judío Herodes (solo Lucas relata este episodio); luego pregunta al pueblo si quieren que libere a Jesús –contra el que Roma no tiene ninguna acusación– o al ladrón Barrabás. Cuando el pueblo se pronuncia en contra de Cristo, dicta la sentencia de muerte en la cruz.

Lo que está claro es que Jesús fue crucificado por los romanos, por tanto, la sentencia de muerte solo pudo haber sido dictada por el gobernador romano de Judea, Poncio Pilato. La imagen que pasó a la historia es la de un Poncio Pilato vacilante que se lava las manos para no cargar con la culpa de haber condenado a un inocente. Algunos autores observan que Pilato era un hombre violento y obstinado y que lavarse las manos después de una condena no era una práctica habitual en un juicio romano.

El relato de los Evangelios es parte de la tradición que quería culpar de la muerte de Jesús a los judíos y exculpar a los romanos con el claro propósito de no provocar a los romanos en un momento en el que el cristianismo comenzaba a crecer en Roma. Los Evangelios fueron escritos después de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70. No era aconsejable acusar a un representante del emperador romano de haber asesinado al hijo de Dios. En la tradición cristiana, Pilato seguirá siendo el gobernador romano que se lavó las manos para no cargar con la culpa de haber dictado la sentencia de muerte contra Jesús de Nazaret.

CONDENADO A MUERTE EN LA CRUZ

«Cuando se considera la muerte en cruz de Jesús, puede uno razonablemente preguntarse el motivo real de tan ignominioso final. En la Palestina del siglo I, una muerte de este estilo, y a manos de los romanos, indica que Jesús había cometido un crimen serio contra el Imperio. Si su única falta, hubiera sido algún incumplimiento o defecto técnico respecto a la ley judía, no habría sido castigado así. Es cierto que Jesús discutió durante su vida con escribas y fariseos sobre la correcta interpretación de la Ley, pero esas discusiones, absolutamente normales en la época, no podían llevar, ni mucho menos, a un desenlace fatal.

Dos hipótesis contradictorias se presentan para resolver esta cuestión: Una, tradicional, la que se desprende de una rápida lectura de los Evangelios –y que representa, sin duda, la intención de los autores de estos escritos– es eliminar toda culpabilidad de Roma en esta muerte y achacarla a puros problemas internos dentro del judaísmo. Los príncipes de los judíos movidos por la envidia y por un antagonismo antiguo hacia Jesús, fundado en un celo mal entendido por la ley de Moisés, condenaron a Jesús como transgresor de esas normas sagradas, el sábado entre otras, y por blasfemo: por haberse proclamado hijo de Dios. Los romanos fueron meros ejecutores, contra su voluntad, de una pena máxima debida a motivos puramente religiosos.

La segunda entiende que Jesús fue condenado a muerte por los romanos como pretendiente mesiánico, como individuo políticamente peligroso en cuanto que –al proclamarse mesías– podría provocar de inmediato un motín contra las fuerzas de ocupación romanas, motín que quizá se produjo de hecho, o al menos un conato, tras la entrada triunfal en Jerusalén. Los motivos religiosos –que existían, sin duda, pero que se reducían a disputas entre fariseos, más o menos fuertes, sobre la interpretación de la ley de Moisés– no fueron otra cosa que un pretexto más aducido por los saduceos, cooperantes con Roma, que disfrutaban del status quo vigente, y que tenían mucho que perder con un alzamiento popular contra los romanos. Incluso la acusación de blasfemia tiene poca base al leer atentamente los Evangelios sinópticos.

La segunda hipótesis parece más plausible, y es probablemente la verdadera. El texto del historiador romano Tácito (*Anales* 15,44), totalmente ajeno a problemas teológicos judíos o cristianos, presenta a Jesús como un revolucionario mesiánico, y por tanto, ejecutado como un peligro para Roma. Por ello el Cuarto Evangelio indica, con razón, que una cohorte romana participó en el arresto de Jesús (Jn 18:3.12). Judas limitó su función a señalar cuál era el escondite secreto del pretendiente a mesías, para evitar un tumulto popular al prenderlo.

El mesianismo de Jesús por muy de intención religiosa que fuera, o por muy desmilitarizado que se presentara, tenía inmensas implicaciones políticas y revolucionarias, aunque fuera de modo indirecto. El establecimiento del reino de Dios suponía la expulsión de los romanos y una nueva constitución política. Por ello había que eliminarlo. Lucas ofrece una pista certera cuando nos presenta a los colaboracionistas judíos acusando a Jesús así: «Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es el mesías, rey» (23,2). Y los discípulos de Emaús

pensaban: «Nosotros esperábamos que sería él [Jesús] el que iba a librar a Israel» (24,21).

La negativa a pagar el tributo al Imperio pudo muy bien proporcionar a Pilato el soporte jurídico para la condena de Jesús a la cruz (Puente Ojea). Las últimas gotas que colmaron la copa de la ira de los romanos y de las autoridades judías, fueron la entrada triunfal en Jerusalén –que pudo muy bien ser interpretado como un golpe de mano, aunque improvisado y sin ejército efectivo, para suscitar el levantamiento de la población de la capital contra sus gobernantes en pro del nuevo reino de Dios– y el episodio de la «purificación» del Templo (Me 11,15-19; Jn 2,14-16). Este último acto fue un enfrentamiento directo al poder económico y social del sacerdocio.

La acción simbólica de la expulsión de los mercaderes y cambistas iba unida a la predicción de Jesús de que Dios iba a crear un templo nuevo que cumpliera estrictamente su misión espiritual. Como señaló G. Vermes en alguna ocasión, Jesús hizo lo que no debía –enfrentarse a todas las autoridades–, cuando no debía –es decir, en medio de la Pascua, en una Jerusalén llena de peregrinos exaltados– y donde no debía, en el centro más frecuentado de la ciudad, el Templo. Jesús era un peligro en potencia. Aun sin que él lo pretendiera directamente, su predicación podía desencadenar una revuelta antirromana en extremo peligrosa. Por ello, según Jn 11:48-50, un consejo aterrorizado de sumos sacerdotes y de fariseos se pregunta: «'¿Qué hacemos?... Si le dejamos que siga así, todos creerán en él, vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación'. Pero Caifas... sumo sacerdote... les dijo: 'No sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que es mejor que muera uno solo por el pueblo, y no que perezca toda la nación'».

Las autoridades romanas debieron de considerar la acción de Jesús como menos peligrosa que otras, pues se limitaron a acabar con el cabecilla y dejaron libre la huida a sus discípulos principales. Éstos no fueron perseguidos. Tal hecho sólo se explica si el caso de Jesús fue considerado más bien menor a pesar de todo.» [Piñero: *Guía para entender el Nuevo Testamento*, p. 220 ss.]

La mayoría de las fuentes que hacen referencia a la muerte de Jesús concuerdan en que murió crucificado por orden del entonces prefecto romano en Judea, Poncio Pilato.

Principalmente las fuentes sinópticas y el Evangelio de Juan, pero también, entre los apócrifos, hace referencia a la muerte de Jesús el *Evangelio de Pedro*. Entre las fuentes no cristianas, confirma esta idea sobre todo Flavio Josefo. Tácito afirma que fue ajusticiado, aunque no precisa el tipo de ejecución. Las fuentes talmúdicas, en cambio, presentan una versión diferente, ya que indican que Jesús murió por orden de las autoridades judías.

Que la orden de la ejecución de Jesús partió de la autoridad romana lo confirma lo que se sabe acerca de los procedimientos jurídicos en las provincias del Imperio romano. Las sentencias capitales eran competencia exclusiva del funcionario romano, que tenía el llamado *ius gladii* ('derecho de espada').

Los tribunales judíos no tenían en principio potestad de condenar a muerte a un reo, aunque se conocen dos casos, concernientes a discípulos de Jesús, en que tribunales judíos pronunciaron sentencias de muerte: las ejecuciones de Esteban y de Santiago. En ambos casos los condenados fueron lapidados.

Solo los romanos, además, utilizaban la crucifixión como método de ejecución. Para la mayoría de los historiadores y biblistas, la referencia en los cuatro evangelios canónicos a la existencia de una inscripción o titulus (tablilla que tenía por función especificar el motivo de la crucifixión) que contenía el cargo condenatorio de Jesús de Nazaret, constituye uno de los datos más sólidos del carácter histórico de su pasión. Según Walter Kasper (*Jesús, el Cristo*, 1978): «El título de la cruz, transmitido por los cuatro evangelistas, apenas si puede ponerse en duda en su valor histórico.»

Además, Raymond Edward Brown señala que no resulta verosímil que el cargo por el cual se condenó a Jesús de Nazaret («rey de los judíos») sea una invención, porque nunca se presentó como una confesión cristiana y porque se trató de una inscripción a la vista de todos.

Raymond E. Brown (*La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro*, 2006): «Las objeciones contra la historicidad (de la pasión de Jesús de Nazaret) han estado basadas a menudo en la dudosa afirmación de que los cristianos no tuvieron acceso a lo que se dijo en los procesos judío y romano; pero aquí se trata de una inscripción a la vista de todos. No encuentro razón para negar su historicidad como expresión del cargo por el que los romanos ejecutaron a Jesús.»

Existen, sin embargo, discrepancias entre los investigadores a la hora de determinar algunas circunstancias de la ejecución. En primer lugar, en cuanto al delito del que fue acusado Jesús y por el cual fue condenado a la pena capital. En segundo lugar, en cuanto al grado de implicación de las autoridades judías de Jerusalén en el juicio y sentencia de Jesús.

LA CONDENA A MUERTE DE JESÚS POR LOS ROMANOS

«¿Por qué fue ejecutado Jesús por los romanos?, ¿cómo presenta el Evangelio de Marcos este hecho y todo lo que antecede en la vida de Jesús? Marcos es el primer en intentar ofrecer a lectores del mundo grecorromano lo que pasó en realidad con Jesús. Se ha definido acertadamente el Evangelio de Marcos como una "historia de la Pasión, con una introducción amplia".

Tesis: la visión de Marcos sobre Jesús es paulina. No se corresponde totalmente a la verdad histórica sobre el Jesús de la historia. Es una profunda reinterpretación, conformada por un molde intelectual: la teología de Pablo de Tarso. Y esta teología procede no de los hechos históricos, sino de una revelación celeste, según Pablo de Tarso.

Casi el 95% de los críticos actuales aceptan la prioridad de Marcos (no todos; algunos siguen pensando que el primer evangelio fue el de Mateo, y que Marcos lo copió y abrevió). El primer evangelista que intentó ofrecer una

respuesta a la gran pregunta "¿Por qué fue el mesías ejecutado por los romanos?" fue Marcos.

Lo primero que preguntaban los futuros conversos a la fe dentro del Imperio: ¿cómo voy a creer que el salvador del mundo fue un judío, y un judío, además, ejecutado por nuestras autoridades?

El relato de la Pasión de Jesús y su significado fue aceptado por los otros evangelistas, aunque, a su vez, introdujeron leves o profundos retoques.

El Evangelio de Marcos y su relato de la muerte de Jesús debe ser contemplado en función de su "entorno", y del "entorno vital" de la comunidad en la que vio la luz. No puede considerársele como una simple reseña de hechos. El autor une a la posible reseña su interpretación. La explicación de Marcos de la muerte de Jesús está gobernada por ideas que muy posiblemente han modificado la perspectiva de los acontecimientos, los puros y simples hechos.

Debemos interrogar los hechos y dar razón de por qué Jesús, que tuvo a un celota por discípulo predilecto, Simón el cananeo o el celota, por qué fue comparado con un revolucionario estricto como Barrabás, por qué murió crucificado entre dos "bandoleros", dos hombres que pertenecían sin duda al movimiento de resistencia judía al poder de Roma y que morían por haber desafiado precisamente esa soberanía romana sobre Israel, que ellos consideraban profundamente injusta.

Es muy difícil que los cristianos hayan inventado la historia de que Jesús hubiera muerto como un sedicioso contra Roma, porque tal suceso hacía bien difícil la predicación de Jesús a los grecorromanos. Por tanto, si se recoge por la tradición, este hecho hubo de ser auténtico y notorio.

Crucificar a un reo problemático era relativamente normal en las provincias del Imperio romano de la época, si el delito tenía connotaciones políticas especiales. Lo que llama la atención para la época es que los Evangelios que narran la muerte de Jesús, están todos de acuerdo, a pesar de sus a veces notables diferencias entre sí, que Jesús fue condenado por un delito político que no cometió.

La tesis de los evangelios es: Jesús era inocente. Las autoridades supremas de los judíos lo sabían, pero, injustamente, se dejaron llevar por sus conveniencias materiales y de tranquilidad pública, y lo condujeron ante el gobernador romano, el cual –muy a su pesar– hubo de condenar a Jesús a muerte sometándose a la presión de los judíos. Al leer los evangelios, los lectores acaban convencidos de la inocencia de Jesús.

Pero ¿es posible que nada menos que un "Prefecto" romano, convencido de lo contrario, hubiera cedido sin más a las presiones de las masas judías, como lo presenta Mateo?

Filón nos dice que Pilato era un hombre de naturaleza inflexible, implacable hasta la obstinación, y que era un individuo que había practicado con los judíos toda suerte de depravaciones.

Según Marcos, el Prefecto se comportó como un hombre no sólo débil, sino un tanto estúpido a juzgar por el modo cómo se comportó en el caso de Barrabás y Jesús». [Antonio Piñero]

¿ERA TONTO PONCIO PILATO?

Evangelio de Marcos 15, 5.10 dice:

“Jesús no respondía ya nada, de suerte que Pilato estaba sorprendido” / “Pues Pilato se daba cuenta de que los sumos sacerdotes le habían entregado por envidia.”

«Tanto Lucas como Marcos presentan sin aclaración alguna a unos sumos sacerdotes, dirigentes de los judíos, que un par de días antes temen al pueblo tanto que no se atreven a detener a Jesús, un héroe popular por tanto, y que de repente piden a ese mismo pueblo que colabore con ellos para condenar a Jesús.

Respecto a Pilato la situación es más chocante aún: un magistrado romano duro e intratable, despreciador de los judíos, que estaba convencido de la inocencia de Jesús según el evangelista (en Mateo y Lucas es más claro aún), prevarica y cede ante sus enemigos dando muestras de gran debilidad de carácter y de un cierto grado de estupidez.

Luego, para salvar a Jesús, Pilato recurre al subterfugio que se le ofrece: amnistiar a un preso durante la fiesta de Pascua, e intentar convencer al pueblo de que escoja a Jesús.

Ahora bien, esta actuación es bastante incomprensible: de nuevo Pilato se muestra débil preguntando a las masas: "¿Qué voy a hacer con el que llamáis el Rey de los judíos?"

La escena completa es así:

Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente a que dijeran que les soltase más bien a Barrabás. Pero Pilato les decía otra vez: «Y ¿qué voy a hacer con el que llamáis el Rey de los judíos?» La gente volvió a gritar: «¡Crucifícalo!» Pilato les decía: «Pero ¿qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaron con más fuerza: «Crucifícalo!»

Un gobernador romano, Pilato, rodeado de toda su tropa, muy reforzada porque es la Pascua, que le presentan a un sedicioso contra Roma (Jesús) y que se niega a condenarlo, se le ocurre una comparación entre dos personajes que es el mejor medio para que tenga que condenar a Jesús en contra de sus propios deseos, según el evangelista.

Cualquier lector de hoy se preguntaría: ¿era Pilato tan estúpido? ¿Quería salvar a Jesús, pero sin embargo, escoge un sistema totalmente erróneo, a saber compararlo con alguien, Barrabás, del que tendría que saber que iba salir absuelto en esa elección?

Así pues, el evangelista pinta a un Pilato bastante tonto y débil, pues propone al pueblo una elección cuyo resultado es seguro que va en contra de sus propios intereses. Naturalmente, el pueblo escogió a Barrabás, pidió la

condena de Jesús y Pilato tuvo que actuar contra su conciencia. Según el evangelista, era pues, un débil y un tanto estúpido para ser un político. Imposible de casar esta imagen con la de Filón y Josefo.

Pero es también posible que tal presentación de un Pilato inverosímil se debiera a la intención del evangelista Marcos, que tendría motivos superiores para presentarlo así». [Antonio Piñero]

¿QUÉ LECCIÓN PRETENDE IMPARTIR EL EVANGELIO DE MARCOS?

«Es también posible que la intención del evangelista Marcos fuera diferente a la de presentar a un gobernador romano tonto, o al menos un tanto estúpido. A él lo que le interesaba demostrar con toda la escena de Barrabás y en conjunto con la muerte de Jesús era:

Que la plebe judía era totalmente “veleta”, cambiante y poco de fiar.

Que a pesar de la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, la escena del pago del tributo al César y el episodio de Barrabás queda demostrada por boca del gobernador la inocencia de Jesús ante Roma. Jesús no es ningún rebelde antirromano.

Esta, por mano de su gobernador, pudo en efecto condenar a Jesús. No se niega la crucifixión, ni que fuera a manos de los romanos, pero la condena fue injusta. Se trató de un “error” judicial semivoluntario.

La predicación de Jesús no tenía los efectos políticos que el punto de vista de Barrabás quien mezclaba la religión con una acción política violenta execrable.

Que los romanos como pueblo y como Imperio deben quedar exentos de toda culpa en cuanto a la condena de Jesús, pues no puede achacárseles la debilidad y torpeza de un gobernador concreto.

Que tanto la plebe judía como sus jefes son los asesinos de un mártir inocente. Sobre todo los jefes judíos, quienes auténticamente maquinan contra Jesús un complot execrable que logran llevar a buen puerto. Son los culpables auténticos de la muerte de Jesús.

Que tomando la actuación de los judíos desde atrás, desde el momento de la sesión ante el Sanedrín (Mc 14), se confirma que todo lo ocurrido con Jesús es el resultado de una trama auténticamente criminal:

Primero unos testigos, que son declarados falsos por el evangelista (Mc 14,55-59), acusan a Jesús de haber amenazado con destruir el Templo y de sustituirlo por otro, reedificado en tres días “no por mano de hombres”. Finalmente, su condena a muerte es por otro cargo, por haber blasfemado y haber afirmado que él es “el mesías, el hijo del Bendito” (Mc 14,61).

Como los judíos no pueden matarlo según la ley judía (por lapidación; los judíos no tenían derecho a imponer la pena capital) lo entregan al gobernador romano.

Allí fingen una acusación distinta: acusan muchas veces (griego, pollá: “muchas”) a Jesús de ser un sedicioso, de haberse mostrado rebelde al poder

de los romanos sobre Israel. El evangelista pinta, pues, a las autoridades judías fingiendo una acusación contra Jesús que va en contra del íntimo deseo de sus corazones (ninguno de ellos era en el fondo de su alma amigo de los invasores romanos) con tal de matarlo.

Existe una cierta inverosimilitud histórica en toda la acusación judía contra Jesús que presenta el evangelista Marcos:

El evangelista no advierte que la muerte de Jesús por esta acusación judía hubo de hacer de éste un mártir por la libertad del pueblo judío frente a la potencia ocupante, lo que habría de hacer de hecho que el pueblo lo venerara como uno de los suyos, no que lo odiara (Evangelio de Mateo 27,25: "Y todo el pueblo respondió: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»").

En síntesis: toda esta secuencia de "hechos", de actuaciones del pueblo judío y de sus dirigentes y del gobernador romano es cuando menos sorprendente, y cuanto menos también poco consistente en sí misma y cuanto menos también bastante inverosímil desde el punto de vista de la crítica histórica. El historiador moderno tiene el derecho a preguntarse por qué el evangelista ha presentado un cuadro que suscita tantas dudas.

¿Dónde puede demostrarse que en el judaísmo del siglo I, o en cualquier otra época, declararse "mesías e hijo de Dios" era una blasfemia, y además digna de muerte? Esto es lo que afirma el evangelista Marcos. En el peor de los casos habrían tomado por loco a quien esto dijera de un modo manifiestamente imposible, pero nada más. Nunca como un blasfemo y menos como un reo de muerte.

Inmediatamente surge otra duda al historiador de hoy: como Flavio Josefo nos muestra, tanto en sus obras, las *Antigüedades* como en la *Guerra de los judíos*, que a lo largo del siglo I hubo muchos pretendientes a mesías que los romanos acabaron matando (Judas el galileo; el judío egipcio; Teudas) y ninguno de ellos fue detenido por las autoridades judías. ¿Por qué los judíos reaccionaron así contra Jesús? En principio no es fácilmente explicable.

La transmisión de los datos y recuerdos sobre Jesús están sujetos a reinterpretación, reelaboración y si se me permite "manipulación editorial" por sus editores los evangelistas. Jesús casi nunca fue simplemente recordado». [Antonio Piñero]

Puntos oscuros en el relato de la pasión en el evangelio de Marcos

«El Evangelio de Marcos comienza su escrito (1:1): "Comienzo de la buena nueva ("evangelio") de Jesús, hijo de Dios".

Marcos 14:

60. *Levantándose en medio el pontífice, preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué es esto que testifican contra ti?*

61. *El se callaba y no respondía palabra. De nuevo el pontífice preguntó y dijo: ¿Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito?*

62. *Jesús dijo: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.*

63. *El pontífice, rasgando sus vestiduras, dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?*

64. *Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Y todos contestaron ser reo de muerte.*

65. *Comenzaron algunos a escupirle y le cubrían el rostro y le abofeteaban, diciendo: Profetiza; y los criados le daban bofetadas.'*

A esto se puede observar:

a) Esta pregunta es inverosímil en labios del Sumo Sacerdote, pues jamás los judíos han considerado que el mesías sea un ser divino

b) Es inverosímil que Jesús se hubiera tenido a sí mismo como hijo real de Dios; no es este el resultado al que nos ha llevado el examen crítico acerca de la autoconciencia de Jesús.

c) El Evangelio de Marcos presenta su relato de la pasión de Jesús como los sucesos realmente ocurridos a un ser humano durante la prefectura de Poncio Pilato. En realidad, sin embargo, lo que describe es el tránsito por este mundo hasta su muerte de un ser en realidad divino.

d) A pesar de la posibilidad teórica, tal como lo describen los evangelistas, es contradictorio que el pueblo aclame a Jesús como mesías hijo de David (entrada triunfal en Jerusalén) y que al mismo tiempo Jesús declare que se debe pagar el tributo al César. Jamás el pueblo judío lo hubiera aclamado como tal, si es que Jesús hubiera tenido tal intención.

e) Parece imposible históricamente que el episodio de la "purificación del Templo" tal como lo pinta Marcos sea obra de un solo hombre, humilde y pacífico, que además actúa movido por el impulso de un pasaje de la Escritura.

Marcos (Mc 11,15-18) lo cuenta así:

15. *Llegaron a Jerusalén y, entrando en el templo, se puso a expulsar a los que allí vendían y compraban, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas;'*

16. *no permitía que nadie transportase fardo alguno por el templo,*

17. *y les enseñaba y decía: ¿No está escrito: "Mi casa será casa de oración para todas las gentes"? Pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.*

18. *Llegó todo esto a oídos de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y buscaban cómo perderle; pero le temían, pues toda la muchedumbre estaba maravillada de su doctrina.'*

19. *Cuando se hizo tarde, salió de la ciudad.*

Tas hecho no puede ser el producto

De un hombre pacífico, como lo pinta, por ejemplo el Evangelio de Mateo.

Ni es verosímil que luego Jesús campara por sus respetos tan tranquilo, sin que los judíos se atrevieran a prenderlo, ni los romanos lo capturaran (Mc 11,18)

Da toda la impresión de que toda esta pintura refleja a un Jesús idealizado, no real, y que representa más el interés teológico del evangelista que unos sucesos ocurridos en el Israel del siglo I, ambiente que conocemos muy bien por otras fuentes.

Por el contrario, si Jesús se presentó real y efectivamente como el mesías de Israel de acuerdo con las esperanzas mesiánicas generales del pueblo de Israel de la época, se explica muy bien la muerte de Jesús a manos de un gobernador romano. Mucho mejor que por la explicación, en verdad muy insuficiente, que ofrece el Evangelio de Marcos, a saber muerte por condena por "blasfemia"; papel decisivo del Sanedrín judío a la hora de que un débil Prefecto ceda a sus presiones y condene a un inocente.

Da toda la impresión que el evangelista Marcos intenta a toda costa echar toda la carga de la culpa sobre los judíos y exonerar al pueblo romano, en la persona del gobernador, de la muerte de Jesús, y presentar la muerte de Jesús como un crimen del que son responsables en último término las autoridades judías y luego el pueblo, que cambia repentinamente de opinión.

Volvemos, pues, a la misma hipótesis: no parece probable que el primer evangelista, y los que le siguen, Mateo y Lucas sobre todo, presenten a una luz objetiva los motivos de la muerte de Jesús, sino que los interpretan a conveniencia de su imagen (teología) previa sobre Jesús». [Antonio Piñero]

¿De dónde procede esa imagen previa de Jesús que tienen Marcos y los evangelistas siguientes que en él se inspiran?

«Como Marcos escribe en torno al año 70, y si volvemos la vista a los años anteriores no nos queda más que una fuente a nuestra disposición: los escritos del apóstol Pablo, que se compusieron en los años 51-58 de nuestra era. No nos vale la "Fuente Q" porque, por hipótesis, no era conocida por Marcos (se reconstruye a base de los acuerdos casi literales de Lucas y Mateo en pasajes que no se hallan en el Evangelio de Marcos). Ahora bien, pronto nos encontramos con la dificultad de que en los escritos genuinos del Apóstol apenas hay menciones directas al Jesús de la historia.

Pablo habla constantemente de la muerte de Jesús en la cruz, pero lo que dice se refiere bien poco a las circunstancias históricas del Israel del siglo I. He aquí lo que es quizá la referencia más detallada (1 Tesalonicenses 2,14-15):

14 Porque vosotros, hermanos, habéis seguido el ejemplo de las Iglesias de Dios que están en Judea, en Cristo Jesús, pues también vosotros habéis sufrido de vuestros compatriotas las mismas cosas que ellos de parte de los judíos;

15 éstos son los que dieron muerte al Señor y a los profetas y los que nos han perseguido a nosotros; no agradan a Dios y son enemigos de todos los hombres.

En este pasaje se ve que Pablo no tiene más que críticas contra las autoridades judías. Ni una sola palabra sobre la función y la posible culpabilidad, aunque fuera sólo por dejación, del gobernador romano.

En otro pasaje la culpa de la muerte de Jesús es de las potencias malvadas que reinan sobre este mundo.

El texto es el siguiente (1 Cor 2,6-8):

6 Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina;

7 sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra,

8 desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria”.

Hay dos posibles interpretaciones de este pasaje:

1. Hace referencia a las autoridades romanas y judías, que fueron los responsables de la crucifixión de Jesús. Pero cáigase en la cuenta de que Pablo se abstiene nuevamente de nombrar expresamente al poder romano.

2. Se refiere a las potencias angélicas. Según el pensamiento de la época entre los judíos ilustrados, y entre los paganos, en vez de “ángeles”, se pensaba en “démones”, o dioses intermedios entre la divinidad suprema y los hombres. Estos démones eran para algunos los dioses del Panteón grecorromano, inferiores a la divinidad única y superior. Lo más probable es que Pablo se refiera a la segunda opción.

Pablo considera a Jesús la persona humana en la que se ha encarnado un ser divino, el “Señor de la gloria” (1 Cor 2,8), el Señor absoluto = Dios (Filipenses 2,11). Según la doctrina paulina, la encarnación y la crucifixión no son más que una parte, importantísima, de un plan divino para liberar al ser humano de la esclavitud del pecado, es decir, de la sujeción a los poderes demoníacos.

Es también evidente que la personalidad de Pablo y su teología es la que contribuyó decisivamente a la implantación de esta manera de concebir a Jesús, de modo que su teología comenzó de inmediato a hacer sentir su influjo sobre el pensamiento del cristianismo que vino después de él.

Pablo era tan consciente de que su doctrina sobre Jesús no era la normal entre los judeocristianos, que, a propósito de sus diferencias con Pedro, afirma que “Dios tuvo a bien revelarme a su Hijo a fin de que lo predicara a los gentiles” (Gál 1,15).

De modo que hay dos evangelios: uno el que se predica a los judíos, circuncisos, y otro el que se predica a los gentiles, los incircuncisos (Gál 2,7).

Si Pablo no hubiera tenido clara conciencia de que su interpretación de la figura y misión de Jesús era muy diferente de la del judeocristianismo, jamás hubiera hablado de dos evangelios y no mostrado el interés que mostró en que lo que él llamaba las “columnas” de la fe (Gál 2,9: los apóstoles Cefas y

Juan y Santiago, el hermano del Señor) aprobaran el contenido esencial de "su evangelio", que era naturalmente diferente.

Desde luego los judeocristianos de Jerusalén no reconocían más que "un" evangelio, el suyo, y veían con muy malos ojos la rara interpretación paulina de Jesús.

Esta concepción de Pablo sobre la crucifixión de Jesús es intemporal, no ligada a la historia, más bien esotérica –una sabiduría superior que sólo los perfectos pueden conocer (1 Cor 2:6)– y al parecer no judía.

Pablo, que es sin duda un "mesianista" en el sentido de que espera el reino de Dios, entendido como el fin del mundo presente: 1 Tes 4, y la llegada al paraíso de los fieles a Jesús, ni nombra expresamente el Reino de Dios apenas, ni emplea apenas el nombre de "Cristo" (= ungido y mesías) en un sentido histórico, sino casi como un nombre propio.

Ahora apliquemos esta idea a la comprensión del Evangelio de Marcos: todo va apuntando a que la concepción tan poco judía de la persona y misión de Jesús que se transparenta en el relato de la pasión de este Evangelio –Jesús, apolítico, como hijo de Dios incomprendido por los judíos, y que éstos llevan a la muerte por considerarlo un blasfemo– puede ser un reflejo del pensamiento paulino quien tiene una idea de la figura y misión de Jesús absolutamente ahistórica.

Todo apunta hacia la confirmación de las ideas arriba expuestas:

Si Pablo distingue su "evangelio" del evangelio de los circuncisos –el de la comunidad judeocristiana de Jerusalén– es porque este evangelio no sólo es diferente, sino que es anterior al suyo. Y porque el suyo representa una novedad respecto al jerusalemita, una novedad que él, Pablo, desea que sea convalidada.

Pero esa convalidación no llegó nunca totalmente y en la práctica, a pesar de los posibles resultados (discutibles, porque tenemos dos versiones distintas: *Hechos* y el propio Pablo) del llamado Concilio de Jerusalén». [Antonio Piñero]

CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Jesús fue azotado, lo vistieron con un manto rojo, le pusieron en la cabeza una corona de espinas y una caña en su mano derecha. Los soldados romanos se burlaban de él diciendo: «Salud, rey de los judíos». Fue obligado a cargar la cruz en la que iba a ser crucificado hasta un lugar llamado Gólgota, que en arameo significa 'lugar del cráneo'. Le ayudó a llevar la cruz un hombre llamado Simón de Cirene.

Dieron de beber a Jesús vino con hiel. Él probó pero no quiso tomarlo. Tras crucificarlo, los soldados se repartieron sus vestiduras. En la cruz, sobre su cabeza, pusieron un cartel en arameo, griego y latín con el motivo de su condena: «Este es Jesús, el rey de los judíos», que a menudo en pinturas se abrevia INRI (Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum, literalmente 'Jesús de

Nazaret, rey de los judíos'). Fue crucificado entre dos ladrones (Mt 27,32-44, Mc 15,21-32, Lc 23,26-43, Jn 19,16-24).

«Los romanos tenían mucha cautela a la hora de mandar a alguien a la cruz. No se castigaba con la muerte a un simple ladrón. Estos individuos fueron también condenados por delito de sedición y muy probablemente pertenecían al círculo próximo a Jesús». [Antonio Piñero]

Juan no menciona a Simón de Cirene. Afirma que Jesús fue crucificado entre otras dos personas, pero no dice que fuesen ladrones.

Hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó: «Elí, Elí, lemá sabactani», que, según el Evangelio de Mateo y el Evangelio de Marcos, en arameo significa: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'. Las palabras finales de Jesús difieren en los otros dos evangelios. También hay diferencia entre los evangelios en cuanto a qué discípulos de Jesús estuvieron presentes en su crucifixión: en Mateo y Marcos, son varias de las mujeres seguidoras de Jesús; en el Evangelio de Juan se menciona también a la madre de Jesús y al «discípulo a quien amaba» (según la tradición cristiana, se trataría del apóstol Juan, aunque en el texto del evangelio no se menciona su nombre).

«Cuando el Imperio romano abrazó el cristianismo, estos relatos fantasiosos e irreales alimentaron contra el pueblo judío la terrible acusación de «deicidio»: un arma letal que ha generado el antijudaísmo y ha provocado la persecución y el genocidio antisemita.

Probablemente Jesús escuchó la sentencia del prefecto romano en latín: *Ibis ad crucem*. Era la fórmula más empleada. Pilato hablaba latín y griego. Jesús, arameo y, tal vez, algo de griego. En el proceso hubo probablemente algún servicio de traducción.

La crucifixión era considerada en aquel tiempo como la ejecución más terrible y temida. Flavio Josefo la considera «la muerte más miserable de todas» y Cicerón la califica como «el suplicio más cruel y terrible». La manera de llevar a cabo la crucifixión se prestaba sin más al sadismo de los verdugos.

Los relatos de la pasión no ofrecen una información fría de los hechos; desde el comienzo, los cristianos acudieron a las sagradas Escrituras, y en especial a los salmos del sufrimiento del justo (22 y 69), para dar algún sentido a aquel final tan horroroso de Jesús. Esta referencia a las Escrituras ha influido de manera notable en la manera de presentar la pasión, pero esto no significa en modo alguno que todo haya sido inventado a partir de textos bíblicos.

En los relatos de la pasión leemos dos escenas paralelas de maltrato. Probablemente, tal como están descritas, ninguna de estas escenas goza de rigor histórico. El primer relato ha sido sugerido, en parte, por la figura del «siervo sufriente de Yahvé», que ofrece sus espaldas a los «golpes» de sus verdugos y no rehúye los «insultos» y «salivazos».

La mascarada de los soldados, por su parte, se inspira probablemente en el ritual de la investidura de los reyes, con los símbolos bien conocidos de la clámide de púrpura, la corona de hojas silvestres y el gesto de la prosternación, en el que toma parte, según Marcos, «toda la cohorte». Se

trata, sin duda, de dos escenas profundamente reelaboradas en las que, de manera indirecta y con no poca ironía, los cristianos hacen confesar a los adversarios de Jesús lo que realmente este es para ellos: profeta de Dios y rey.

Esto no significa que todo sea ficción. La burla de los judíos está descrita en Marcos 14,65; Mateo 26,67-68; Lucas 22,63-65. La burla de los soldados de Pilato en Marcos 15,16-20; Mateo 27,27-31; Juan 19,2-3. Lucas habla del escarnio en el palacio de Herodes (23,11).

Los soldados de Pilato comenzaron realmente a intervenir de manera oficial cuando su prefecto les dio la orden de flagelar a Jesús. La flagelación forma parte del ritual de la ejecución, que comienza por lo general con la flagelación y culmina con la crucifixión propiamente dicha.

Terminada la flagelación se procede a la crucifixión. No hay que demorarla. La ejecución de tres crucificados lleva su tiempo, y faltan pocas horas para la caída del sol, que marcará el comienzo de las fiestas de Pascua. Los seguidores más cercanos de Jesús han huido: Pilato no teme grandes altercados por la ejecución de aquellos desgraciados.

Los soldados se preocupan de colocar en la parte superior de la cruz la pequeña placa de color blanco en la que, con letras negras o rojas bien visibles, se indica la causa por la que se ejecuta a Jesús. Es lo acostumbrado en estos casos. Al parecer, el letrero de Jesús estaba escrito en hebreo, la lengua sagrada que más se utilizaba en el templo, en latín, lengua oficial del Imperio romano, y en griego, la lengua común de los pueblos del Oriente, la más hablada seguramente por los judíos de la diáspora. Debe quedar muy claro el delito de Jesús: «rey de los judíos». Estas palabras no son un título cristológico inventado posteriormente por los cristianos. Se trata más bien de una manera de informar a la población. Nunca los primeros cristianos llamaron a Jesús «rey de los judíos». Hubieran puesto en la cruz otros títulos: «Mesías», «Salvador del mundo», «Señor».

Jesús fue crucificado entre las nueve de la mañana y las doce del mediodía; murió hacia las tres de la tarde». [Pagola, 2007: 140 ss.]

EN MANOS DEL PADRE

«Jesucristo no quería con su muerte propiciar la venida del Reino de Dios sino con sus actos en vida». [Lehmann, 1996: 318 n. 25]

«Probablemente nadie sabe con certeza las palabras precisas que ha pronunciado Jesús en la cruz. Para acercarse de alguna manera a su experiencia, los evangelistas acuden al Salmo 42: en la angustia de este orante escuchan un eco de lo que ha podido vivir Jesús. Al mismo tiempo asocian su plegaria en este terrible momento a formas de oración que ellos mismos recitan y que provienen de Jesús: sin duda él ha sido el primero en vivirlas en el fondo de su corazón.

La crisis se sitúa el hecho en el «huerto de Getsemaní», en el momento dramático en que se va a producir su detención. Los textos tratan de sugerir su abatimiento con diversos términos y expresiones. Marcos habla de

«tristeza»: Jesús está profundamente triste, con una tristeza mortal; nada puede poner alegría en su corazón; una queja se le escapa: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte». Se habla también de «angustia»: Jesús se ve desamparado y abatido; un pensamiento se ha apoderado de él: va a morir. Juan habla de «turbación»: Jesús está desconcertado, roto interiormente. Lucas subraya la «ansiedad»: lo que experimenta Jesús no es inquietud ni preocupación; es horror ante lo que le espera. La carta a los Hebreos dice que Jesús lloraba: al orar le saltaban las «lágrimas».

La fuente más antigua recoge así su oración: «¡Abbá, Padre! Todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». En este momento de angustia y abatimiento total, Jesús vuelve a su experiencia original de Dios: Abbá. Va a morir sin ver realizado su proyecto.

En ningún momento se dice en los evangelios que Dios quiere la «destrucción» de Jesús. La crucifixión es un «crimen» y una «injusticia». ¿Cómo va a querer el Padre que torturen a Jesús? Lo que Dios quiere es que permanezca fiel a su servicio al reino sin ambigüedad alguna, que no se desdiga de su mensaje de salvación en esta hora de la confrontación decisiva.

La insensibilidad y el abandono de sus discípulos lo hunden en la soledad y la tristeza. Su comportamiento le hace ver la magnitud de su fracaso. Ha reunido en su entorno a un pequeño grupo de discípulos y discípulas; con ellos ha empezado a formar una «nueva familia» al servicio del reino de Dios; ha elegido a los «Doce» como número simbólico de la restauración de Israel; los ha reunido en esa reciente cena para contagiarles su confianza en Dios. Ahora los ve a punto de huir dejándolo solo. Todo se derrumba. La dispersión de los discípulos es el signo más evidente de su fracaso.

Solo un grupo de discípulas de Jesús se encuentra en el escenario del Gólgota «mirando desde lejos», pues los soldados no permiten que nadie se acerque a los crucificados subiendo hasta lo alto del montículo. Se nos dan los nombres de estas valientes mujeres que permanecen allí hasta el final.

Todos los evangelistas coinciden en la presencia de María de Magdala, la mujer que tanto quiere a Jesús. Marcos y Mateo hablan de otras dos mujeres: María, la mujer de Alfeo, madre de Santiago el menor y Joset, y Salomé, la madre de Santiago y Juan. Solo el cuarto evangelio menciona a «la madre de Jesús», a una tía suya, hermana de su madre, y a «María, mujer de Clopás». Aunque se ha dicho con frecuencia que la presencia de estas mujeres ha podido reconfortar a Jesús, el hecho es poco probable.

Probablemente las primeras generaciones cristianas no sabían con exactitud las palabras que Jesús pudo haber murmurado durante su agonía. Casi todas las palabras concretas que ponen los evangelistas en labios de Jesús reflejan probablemente las reflexiones de los cristianos. Las «siete palabras» de Jesús en la cruz no están arraigadas en la tradición sino de forma débil. Solo el grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» está atestiguado por más de un evangelista (Marcos-Mateo). Las demás palabras solo aparecen unas en Lucas y otras en Juan, sin coincidencia alguna.

Parece bastante claro que el «diálogo» de Jesús con su «madre» y el «discípulo amado» es una escena construida por el evangelio de Juan. Lo mismo hemos de decir del «diálogo» entre los dos malhechores y Jesús, redactado casi con seguridad por Lucas. Por otra parte, produce un cierto desencanto saber que la oración tal vez más bella de todo el relato de la pasión es textualmente dudosa. Según el evangelista Lucas, al ser clavado a la cruz, Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Sin duda, esa ha sido su actitud interior. Ha pedido a los suyos «amar a sus enemigos» y «rogar por sus perseguidores»; ha insistido en perdonar hasta «setenta veces siete».

El diálogo entre los malhechores colgados junto a Jesús, del que solo habla Lucas, es artificial. Los insultos del primer malhechor están inspirados en insultos que, en Marcos 15:30, profieren los que pasan. Por otra parte, el lenguaje de Jesús resulta extraño: él solía hablar del «reino de Dios», no del «paraíso».

Al final, Jesús muere «lanzando un fuerte grito». Este grito inarticulado es el recuerdo más seguro de la tradición. Los cristianos no lo olvidaron jamás. Tres evangelistas ponen además en boca de Jesús moribundo tres palabras diferentes, inspiradas en otros tantos salmos: según Marcos (= Mateo), Jesús grita con fuerte voz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?». Lucas, sin embargo, ignora estas palabras y dice que Jesús grita: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu». Según Juan, poco antes de morir, Jesús dice: «Tengo sed», y, después de beber el vinagre que le ofrecieron, exclamó: «Todo está cumplido».» [Pagola, 2007: 143 ss.]

ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

«¿Pronunció Jesús algunas palabras, además del grito? El que éstas pertenezcan al Sal 22,2: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?", tiene un matiz sospechoso (= traídas para "probar" la veracidad de un salmo ya considerado profético), pero tiene más fuerza aún el argumento contra su historicidad el que el Evangelio de Juan no recoja palabra alguna de Jesús al morir y Lucas presente otras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" = Sal 31:6 que Lucas pone también en boca del mártir Esteban (Hch 7,59-60).

De todos modos las palabras del Sal 22,2 (Marcos / Mateo), sean históricas o no, encajan muy bien con una imagen del Jesús de la historia que esperaba la pronta venida del Reino de Dios, pero que se podía sentir traicionado y fracasado al no llegar éste en realidad durante su vida, y que pudo experimentar en algún momento el desgarramiento del abandono, al menos aparente, de Dios.

Igualmente es dudosa la noticia de Mc 15,36 y Jn 19,28-29 de la sed de Jesús (como cumplimiento de la Escritura!, expresamente afirmado por Jn en 19,28) y la oferta de vinagre. El hecho es plausible en sí, pero imposible de garantizar como histórico por los criterios usuales.

En conjunto, pues, sobre este tema: es muy posible que sólo se pueda defender como estrictamente histórico Mc 15,37: “Y Jesús, lanzando un gran grito, expiró”. El resto parece relleno o dramatización de Marcos –o su fuente– o de los otros evangelistas, pues la influencia formativa de la Escritura parece estar presente por doquier (Sal 22,2-16 y Sal 69,22 y el motivo de Elías: Mc 15,2-35).

La confesión del centurión (Mc 15:39) que proclama a Jesús “hijo de Dios” corresponde a la teología cristiana postpascual, por lo que tampoco parece histórico». [[Antonio Piñero](#), 28.03.2016]

LOS DOS LADRONES

«-Junto a Jesús murieron dos ladrones crucificados, que usted ha cuestionado que fueran delincuentes comunes.

-Los llamados ladrones que acompañaron a Jesús en la Cruz probablemente eran miembros de su grupo. San Lucas cambia la palabra bandoleros, la manera despectiva con la que los romanos llamaban a los secuaces de los movimientos antirromanos de la época, y la sustituye por malhechores, que tiene un significado vinculado a delincuentes comunes. Hay que pensar en la persecución inmediata que sufrió el grupo tras el apresamiento de Jesús. Los apóstoles en torno a la cruz es una visión simbólica de San Juan, un mito. Para San Marcos todos estaban a distancia salvo las mujeres. En una sociedad semítica, las mujeres no representaban una amenaza y no tenían nada que temer». [[Antonio Piñero](#)]

CRONOLOGÍA DE SU MUERTE

Ninguna de las fuentes ofrece una fecha exacta para la muerte de Jesús. Sin embargo, tanto las fuentes sinópticas como el Evangelio de Juan coinciden en que Jesús murió un viernes. Según los sinópticos, este viernes coincidió con el primer día de la fiesta de Pésaj (Pascua judía), que se celebraba el día 15 del mes hebreo de nisán.

El Evangelio de Juan, en cambio, indica que la muerte de Jesús ocurrió el día anterior a dicha fiesta (es decir, el 14 de nisán), la tarde en la que en el templo de Jerusalén se sacrificaban los corderos pascuales.

Se ha indicado que la información dada por Juan puede estar motivada por su intención de identificar a Jesús como el verdadero Cordero de Dios, ya que su muerte, en el relato joánico, tiene lugar a la misma hora en que en el templo se sacrificaban los corderos para la fiesta de Pascua.

Todas las fuentes están de acuerdo en que la ejecución de Jesús tuvo lugar durante el mandato de Poncio Pilato (26-36). Si se acepta como cierta la información que aportan los sinópticos, la muerte de Jesús pudo haber ocurrido en el 27 o el 34, ya que en estos dos años el 15 de Nisán cayó en viernes. Si se cree, en cambio, que la información más fidedigna es la aportada por el Evangelio de Juan, las fechas posibles son el 30 y el 33, años en los que el 14 de nisán fue viernes.

Algunos autores han intentado armonizar los datos aportados por los sinópticos y por Juan, apelando al uso de dos calendarios diferentes (un calendario lunar oficial y otro solar, utilizado por los esenios). No hay indicios, sin embargo, de que Jesús siguiese otro calendario diferente del que regía las festividades oficiales.

Aunque la tradición cristiana considera generalmente que, en el momento de su muerte, Jesús tenía 33 años, es perfectamente posible que tuviera una edad superior, dado que posiblemente nació antes del 4 a. C. (año de la muerte de Herodes el Grande).

Además, el Evangelio de Juan dice: «Entonces los judíos le dijeron: “¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?”» (Jn 8, 57). Se ha dicho que de haber tenido Jesús treinta y tres años en el momento de su muerte se habría mencionado la cifra de cuarenta, no de cincuenta.

El número 33 con el tiempo ha acabado adquiriendo un sentido simbólico y ha sido empleado por organizaciones como la masonería, que divide su escalafón en 33 grados (siendo el 33 el grado superior).

MOTIVOS PARA LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS

Es cierto que la muerte en la cruz estaba reservada por la autoridad romana para los culpables de alta traición y para los agitadores políticos. Así que podemos suponer que Jesús fue ejecutada en calidad de agitador político, lo que se deduce del rótulo que los romanos colocaron en la cruz de Jesús: “Rey de los judíos” (“IESUS NAZARENUS REX IUDEORUM”). Esta es una acusación de signo político. El título que los romanos le dieron no fue “Rey de Israel”, según la interpretación espiritualizante de Jn 1,49; 12,13, sino “Rey de los judíos” (Rex Iudeorum). Este título de claro sabor político provocó la indignación de los judíos, que protestaron ante los romanos:

«Escribió Pilato un título y lo puso sobre la cruz; estaba escrito: “Jesús Nazareno, rey de los judíos”. Muchos de los judíos leyeron ese título, porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fue crucificado Jesús, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Dijeron, pues, a Pilato los príncipes de los sacerdotes de los judíos: No escribas rey de los judíos, sino que Él ha dicho: “Soy rey de los judíos”. Respondió Pilato: “Lo escrito, escrito está”.» [Jn, 19,19-22]

Pero parece que los romanos lo entendieron más bien en son de burla. Pero el que Jesús fuera ajusticiado como un zelota revolucionario no se infiere que lo fuera en realidad. Probablemente la autoridad religiosa judía lo entregó a los romanos como un reo de conspiración política. Si la denuncia se hubiera basado en una acusación de índole religiosa, el procurador romano, poco conecedor de la materia, no se hubiera atrevido a condenarle a muerte. Los romanos optaron por lo seguro y pactaron con la autoridad judía la muerte en la cruz. A la autoridad judía les molestaba más bien la libertad que Jesús ejercía y demostraba, su defensa de los oprimidos, su abierta denuncia de la injusticia, su afán de desenmascarar falsos teocentrismos, su crítica a la piedad hipócrita, su acogida entre el pueblo bajo y su defensa de la verdad.

Joel Carmichael (1962) se pregunta cómo un hombre tan inofensivo y piadoso como Jesús podría entrar en conflicto con la fuerza de ocupación romana, en pie de igualdad con un rebelde sedicioso como Barrabás. Si el judío Jesús fue condenado por los romanos, y así fue, entonces tuvo que haber sido por un delito de carácter político. Cualquier otra interpretación es y sigue siendo imposible.

Esto explica por qué los evangelistas dibujan una imagen unilateralmente piadosa de Jesús y encubren en lo posible el aspecto político: si el creciente número de seguidores de Jesús deseaba sobrevivir en el seno del Imperio Romano, los autores del Nuevo Testamento tenían que minimizar toda resistencia y todo ataque al poder del Estado. Los judíos vieron al Mesías como un libertador nacional. Como la liberación del Mesías fracasó, los cristianos posteriores introdujeron el tipo del Mesías sufriente, una concepción del Mesías inexistente en la historia judía.

Según Johannes Lehman (1996), Joel Carmichael no tiene en cuenta que, según los Evangelios, Jesús expulsó del templo a los escribas y fariseos, y que las autoridades religiosas de Jerusalén no estaban de acuerdo con la predicación de Jesús. Al final fueron estas autoridades religiosas las que entregaron a Jesús a la justicia romana. Quien conozca la historia judía sabe que, en aquel tiempo, las insurrecciones y rebeliones estaban a la orden del día y que los romanos estaban muy vigilantes y dispuestos a aplastar todo intento de rebelión con las fuerzas de ocupación.

Cuando Poncio Pilato fue nombrado gobernador de Judea, erigió sus cuarteles en Cesárea y colocó las banderas de Tiberio en Jerusalén, a pesar de la protesta de los judíos. Los historiadores disponen de pocos datos confirmados sobre el hombre que, según el Evangelio de Mateo, se lavó las manos antes de enviar a Cristo a la cruz.

Según Kevin Butcher (2013): "Tenemos muy pocos datos sobre Pilatos. Existen tres fuentes textuales principales: Flavio Josefo, Filón de Alejandría y los Evangelios. Las tres manejaban sus propias 'agendas'. Filón y Josefo son hostiles a él, aunque Josefo un poco menos. Pero los dos quieren demostrar la incompetencia y brutalidad del gobierno romano de Judea. Los Evangelios, en cambio, enfatizan la 'inocencia' de Jesús porque Pilatos nunca llega a decir que es culpable. El problema es que, si juntamos las tres fuentes, no aparece un personaje muy coherente: nos encontramos con alguien leal al emperador, que trabajaba con los líderes judíos pero que estaba preparado para utilizar la fuerza cuando fuese necesario. No mucho más".

Lo que es cierto es que soldados romanos mataron a Jesús con un castigo romano –la crucifixión– y, por lo tanto, el responsable último tenía que ser el gobernador romano de Judea, Poncio Pilatos. Aunque los evangelios lo presentan como un hombre débil y dubitativo, era un romano para el que el orden social tenía prioridad y por tanto actuaba con extrema dureza contra todo el que perturbara la paz y el orden social.

El famoso pasaje de Mateo 27,24: "Y viendo Pilatos que no conseguía nada, sino que más bien se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las

manos delante de la multitud, diciendo: Soy inocente de la sangre de este justo”, no está corroborado por ninguna fuente.

“Lavarse las manos después de una condena no era una práctica habitual en un juicio romano. No quiero decir que nunca ocurriese, pero la idea detrás de ello es que Pilatos reconoce que Jesús está siendo condenado de forma injusta y el agua limpia su culpa. Todo indica que forma parte de la tradición que pretendía culpar a los judíos de la crucifixión antes que a los romanos” (Kevin Butcher). La acusación contra los judíos, que ha propiciado siglos de antisemitismo, tenía un propósito claro: los Evangelios fueron escritos después del año 70, cuando el cristianismo tenía como objetivo crecer en Roma, y acusar a un gobernador romano, al representante del emperador, del mayor crimen posible, el asesinato del hijo de Dios, no era un buen comienzo.

Pilatos no fijó su residencia en Jerusalén sino en Cesarea, capital civil y militar de la provincia de Judea y residencia oficial del procurador, gobernador y prefecto, a unos 96 km al noroeste de Jerusalén.

Caifás (hebreo: Yosef Bar Kayafa) era el Sumo Sacerdote, la máxima autoridad religiosa judía durante toda la administración de Poncio Pilatos. Como saduceo, Caifás no creía en la resurrección de los muertos, al contrario que los fariseos. Según el Evangelio de San Juan, las noticias sobre una resurrección de Lázaro realizada por Jesús alarmaron a los sacerdotes saduceos. Se reunió el Sanedrín (tribunal supremo de los judíos) en sesión extraordinaria para decidir lo que harían con Jesús. Según los evangelios, estos los acontecimientos que llevaron a la condena y muerte de Jesús:

Al anochecer, después de ser arrestado, Jesús fue llevado a la casa de Anás donde fue detenido e interrogado. Anás se lo entregó a Caifás, pero como éste no tenía la autoridad para ordenar la pena de muerte, lo llevó ante Pilatos, gobernante romano en Judea, para que decidiera sobre su suerte.

Los romanos no realizaban ejecuciones basadas en transgresiones a la ley judía; por tanto, el cargo de blasfemia no tenía validez para Pilatos. A pesar de que el Sanedrín deseaba que Pilatos ordenara la ejecución de Jesús, Pilatos al saber que Jesús era de Galilea, jurisdicción de Herodes Antipas, lo remitió a Herodes Antipas, que por esos días se encontraba en su palacio en Jerusalén. Herodes con sus soldados menospreció a Jesús y se burló de él vistiéndolo con una ropa espléndida como de reyes; y se lo devolvió a Pilatos.

La posición de Caifás era establecer que Jesús era culpable no solo de blasfemia sino de proclamarse el Mesías que podría ser entendido como el retorno del rey David. Esto habría sido un acto de sedición que podría merecer la pena de muerte por parte del Romano. El argumento de rebelión y sedición que presentó Caifás no le dio resultado ya que Pilatos no lo encontró culpable y, en cambio, dejó que la muchedumbre decidiera la suerte de Jesús dándoles a escoger entre su liberación y la de un preso de nombre Barrabás. La muchedumbre, animada por los sacerdotes, escogió la liberación de Barrabás y la crucifixión de Jesús. Hasta aquí el relato de los evangelios.

Para la fiesta de la Pascua judía, que conmemora la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto, acudía a Jerusalén peregrinos de toda Palestina para visitar el templo. La ciudad estaba abarrotada de gente en un clima de tensión y gran expectación. La ciudad era un hervidero y la tensión entre la masa era grande. Cualquier predicador que animara a las masas con ataques a la casta sacerdotal, que colaboraba con los romanos, y con alusiones a la "limpieza" del templo y a la corrupción podría poner en peligro el orden social.

En previsión de posibles tumultos durante la celebración de la Pascua, el gobernador Poncio Pilatos, jefe supremo de las guarniciones romanas en Palestina, se desplazaba desde su residencia en Cesarea a Jerusalén para hacer acto de presencia y demostrar quién era el responsable del orden en la ciudad. La administración cotidiana de la justicia era competencia de los tribunales judíos, pero los casos que pudieran merecer la pena de muerte se mandaban al gobernador, quien constituía la suprema autoridad judicial.

«En realidad, en Getsemaní es primeramente la cohorte romana la que arresta a Jesús. Fue, pues, prisionero de los romanos. El interrogatorio ante el sumo sacerdote era más bien una consulta moral deseada por Pilato, a fin de estar seguro de no herir a las autoridades judías. El verdadero proceso era el proceso ante Pilato; por tanto, el proceso político. La responsabilidad moral correspondía al partido del sumo sacerdote; la responsabilidad jurídica, a los romanos.

Según la costumbre romana, un letrado debía indicar, sin duda obligatoriamente, el motivo de la condenación (en este caso, debió colocarse también un titulus análogo en lo alto de la cruz de los otros dos ajusticiados, cualquiera que hubiera sido su crimen).» [Oscar Cullmann]

Si Jesús fue crucificado junto a dos malhechores (ladrones o revolucionarios) solo pudo tratarse de un tribunal romano. Los evangelios cargan la culpa al Sumo Sacerdote Caifás por haber entregado a Jesús a las autoridades romanas, mientras que describen a Pilatos como un hombre indeciso y poco convencido de la peligrosidad política de Jesús ("no veo culpa en este hombre"). Pero hay que tener en cuenta que los evangelios fueron escritos después de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 d. C. y ya bajo la influencia de las ideas de san Pablo sobre la misión del cristianismo entre los gentiles. No se podía echar la culpa a los romanos, pues san Pablo comenzaba a predicar la "buena nueva" fuera del territorio judío.

Tras la destrucción del templo, sobrevino la gran depresión entre los creyentes judíos. Los cristianos podían echarles la culpa de la catástrofe, alegando que habían desoído las advertencias de Jesús sobre "el último día". Pero, al mismo tiempo, los cristianos crearon un nuevo "relato" esperanzador: Jesucristo se había inmolidado para salvarnos. Cristo había resucitado y su resurrección era la esperanza de su vuelta para restablecer el "reino de Dios". El cristianismo paulino predicó entre los gentiles la promesa de salvación y redención para todos, no solo para los judíos, sobre todo para los pobres y esclavos.

La muerte de Jesús en la cruz fue un acontecimiento político en el contexto de las turbulencias de la Palestina de aquel tiempo. Pero los primeros

cristianos lo interpretaron como un acontecimiento cargado de sentido y parte de la "historia de la salvación" y del plan divino. Jesús fue ejecutado según el modo romano, la crucifixión (la pena de muerte judía hubiera sido la lapidación). La inscripción de la cruz, muy probablemente obligatoria entre los romanos, indicaba como motivo de la condena la pretensión a la realeza.

«Es cierto que el género de muerte que sufrió Jesús era reservado por los romanos para los culpables de alta traición y para los agitadores políticos. Jesús fue ejecutado como agitador político, prueba de ello es el rótulo que colgaron los romanos sobre la cruz anunciando "rey de los judíos", título de claro sabor político, que debió de indignar tanto a los judíos, como a los seguidores de Jesús. Lohmayer dice que se trata de un título lleno de "burla". Del hecho de que Jesús muriese como un zelota revolucionario no se sigue que lo fuera en realidad, lo probable es que la autoridad religiosa judía, deseosa de asegurarle un vergonzoso y humillante final, lo entregara a los romanos como reo de conspiraciones políticas, ya que las acusaciones religiosas les eran poco convincentes. Y como buenos defensores del sistema optaron por lo seguro, pactaron con el opresor y liquidaron una esperanza llamada Jesús. Los verdaderos motivos fueron otros: les molestaba la libertad de Jesús, su opción por los que ellos despreciaban, su denuncia de la injusticia, su crítica a una piedad hipócrita, su nueva escala de valores, su acogida entre el pueblo, su pasión por la verdad, en una palabra, les molestaba su Dios.» [Manuel Fraijó]

SEPULTURA DE JESÚS

Un seguidor de Jesús, llamado José de Arimatea, solicitó a Pilato el cuerpo de Jesús la misma tarde del viernes en que había muerto, y lo depositó, envuelto en una sábana, en un sepulcro excavado en la roca. Cubrió el sepulcro con una gran piedra. Según el Evangelio de Mateo (no se menciona en los otros evangelios), al día siguiente, los «príncipes de los sacerdotes y los fariseos» pidieron a Pilato que colocase frente al sepulcro una guardia armada, para evitar que los seguidores de Jesús robasen su cuerpo y difundieran el rumor de que había resucitado. Pilato accedió.

¿CÓMO REACCIONARON PILATO Y LOS FARISEOS AL OÍR HABLAR DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS?

«¿Qué pasó históricamente, con Pilato y los fariseos, cuando se dieron cuenta que muchos hablaban que Jesús había resucitado?

Esta pregunta no es respondida por los textos. Podemos suponer que se asombrarían en general. Y que las actitudes serían muy distintas. Pilato pensaría que los judíos eran unos fanáticos irracionales y que "muerto el perro se había acabado la rabia". Por tanto, si creían que Jesús había resucitado, no había que preocuparse hasta que esa creencia se transformara de nuevo en hechos molestos o inconvenientes para el Imperio. Y si no, ¿para qué preocuparse?

Y sobre los fariseos: pues no sabemos qué opinarían. Probablemente pensarían que esos judeocristianos eran unos fanáticos más, como otros muchos. Y como dice Gamaliel en los Hechos: “Si viene de Dios esa creencia, ya se demostrará verdadera con el paso del tiempo. Y si no viene, no hay por qué preocuparse” (Hch 5,38-39)». [[Antonio Piñero](#), 28.03.2016]
